

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Una poética para una autobiografía entrañable. Esta soy yo.

TRABAJO RECEPCIONAL

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA**

PRESENTA

MITZI RODRÍGUEZ GALICIA

DIRECTORA

Dra. Carmen Teresa Ros Aguirre

CIUDAD DE MÉXICO, MAYO DE 2018

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

*A mi mamá que me enseñó a crear y
a mi padre que me enseñó a reír de la vida.*

*A mi abuela Carmen mi guerrera, la que nunca calla.
Que sin saberlo en cada día difícil me reconforta el sólo mirarla.*

*A Alberto, mi colibrí. Porque cada día te pienso.
Para ti estas y todas mis letras.*

Agradecimientos

Agradezco primero a la UACM por su noble proyecto donde muchos encuentran oportunidad de cumplir sueños. Después doy gracias a mi directora, mi guía en este trabajo, Carmen Ros, ella que no me dejó ir tan fácil y buscó perfección en mí. También a quienes leyeron este trabajo, la maestra Karla Montalvo, desde el principio de la licenciatura y hasta el final me inspiró a trabajar más. A la profesora Elsa Fujigaki quien me impulsó a la investigación, en su clase inició mi novela. A Adriana Jiménez que siempre me dio un motivo para seguir escribiendo y claro al profesor Bily López que sin conocerme aceptó leer mi trabajo recepcional. Y a todos mis profesores a lo largo de estos años, porque sé que la docencia no es fácil y ustedes inspiran.

A mis hermanos, mis primeros lectores, Yuritzi que leyó la novela sin permiso y lloró con ella y a Quetzalli por no conmovirse fácilmente, a él que preparó el café en las noches de desvelo.

A mis amigos, mis compañeros de lucha y de fiesta, gracias por acompañarme siempre, primero mi mejor amigo, Francisco Delgado por siempre creer en mí y ver la grandeza que yo no veo, a Laura por aferrarse a caermé bien y ser esa voz que me guía en la oscuridad, a Grecia por compartir sus lecturas conmigo, a Aldo por cuidarme, a Frida por llegar a mi vida y a Roberto por ser más de uno. Y todos aquellos que parece que no mencionó, pero los tengo presentes.

Y también gracias a mis profesores de Kung Fu, pero sobre todo a quien me inició en el arte, el maestro Pau WaieLaum, quien me abrió la puerta a un nuevo camino, me enseñó a volar y a romper no sólo ladrillos, sino también mis límites.

Gracias a todos los que han estado en este camino, que han compartido comida, risas, peleas, desvelos y sueños. Esto no habría sido posible sin ustedes.

Capitulado

<i>Esta soy yo</i> :Obra creativa(fragmento de novela)	6
Tesina: Una poética para una autobiografía entrañable	59
Introducción	60
1.- Las escrituras del yo	65
1.1 ¿Escrituras del yo?	65
1.2 Variedades del yo	67
1.3 Peculiaridades autobiográficas	74
1.4 Carmena a la brevedad	82
1.5 Carmen encuentra su sitio	83
2.- Carmen: una cara real y otra de ficción	85
2.1 Recuerdo que a veces imagino	85
2.2 Este recuerdo sí, este no	90
2.3 Memoria restaurada	92
2.4 Los vestigios que deja la vida	94
2.5 La vida es sólo imaginación	98
Conclusión	102
Referencias bibliograficas	103

*Estas memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos
olvidadizos porque así precisamente es la vida.*

La intermitencia del sueño nos permite sostener los días de trabajo.

*Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos,
han devenido en polvo como un cristal irremediamente herido.*

Pablo Neruda.

Esta soy yo

(Fragmento de novela)

El recuerdo de mi madre

Mi nombre es Carmen, nací en Boca del Río, Veracruz el 19 de enero de 1939, mi madre se llamaba Gudelia y era maestra rural, a mi padre nunca lo conocí se fue antes de mi nacimiento, después mi mamá se casó con Enrique, un hombre que no me quería mucho; lo único bueno de su relación fueron los hijos que mi madre tuvo con él. Cuando pienso en ellos me dan ganas de verlos. Ojalá también pudiera ver a mi madre, para despedirme bien de ella.

Mi mamá daba clases en diversas comunidades, por eso toda la familia solía viajar de pueblo en pueblo; no teníamos un hogar fijo, en ocasiones Enrique no viajaba con nosotros, él era albañil y a veces conseguía trabajos en Boca del Río, o algún pueblo donde andábamos y las obras se tardaban más de lo pensado, pero siempre nos reencontrábamos. Mi madre era una mujer muy fuerte, enfrentó problemas en los lugares que visitábamos, pues en esa época no era fácil ser una mujer profesionista. A pesar de su fortaleza, un día enfermó del corazón, y dejamos los viajes, su condición ya no le permitía andar en esos pueblos que tanto nos gustaron, en donde nos sentíamos felices. Así que mi madre y su esposo decidieron que lo mejor era mudarnos a México para que atendieran su enfermedad. Llegamos a la casa de mi abuela Esperanza, vivíamos un poco apretados, sin embargo a mí me gustó la idea de tener un hogar y quizás un día tener mi propio cuarto, ese era mi consuelo al recordar los viajes que realizaba con la familia.

Mi mamá iba y venía del hospital y mientras eso sucedía yo asistí a clases en un internado, al principio no me agradaba estar tan lejos de mi mamá y mis hermanos, pero me fui acostumbrando y cada día yo pensaba en la recuperación de mi madre, y claro supuse que cuando ella estuviera sana regresaríamos a las andadas. Pero eso no sucedió, mi madre murió en el hospital, mientras yo estaba en clases, ni siquiera pude verla para despedirme.

Fueron por mí al internado para el velorio y el entierro, y aunque si lloré debía tranquilizarme para darle consuelo a mis hermanos. Al morir mamá no sólo la perdí a ella, también se fueron de mi lado mis hermanos, pues mi padrastro me dejó con mi abuela. Él le dijo que yo no era su hija y que su única responsabilidad eran mis hermanos. Me sentía abandonada y furiosa ya que se marchaban mis compañeros de viaje, los únicos amigos que tenía y lo que me quedaba de mi familia. Afortunadamente no me quede sola, tenía aún a mi abuela, a mi tía y mis primas, todas vivamos en casa de la abuela Esperanza. Al principio me dio miedo porque, a pesar de que eran de mi sangre, no las conocía, porque durante la enfermedad de mi madre yo estuve en el internado y las visitaba muy poco. Mi deseo era estar con mi familia y, por lo que mi padrastro le dijo a mi abuela, supe que él no me trataría bien; lo mejor fue permanecer con la madre de mi mamá.

Mi abuela me saco del internado para que estuviera todos los días bajo su cuidado. Ella me dejo continuar con mis estudios por mis buenos resultados, además mi mamá le platicó que yo era aplicada en la escuela, mi madre lo sabía porque también fue mi maestra. En el internado, estuve en el cuadro de honor; esto hizo que mi abuelita confiara en mí. Aparte de estudiar, yo tenía que ayudarle con los deberes de la casa, como barrer, lavar los trastes y mi ropa, y algunas otras cosas, pero no me exigió demasiado, sólo lo que era mi deber. A mis primas también les tocaban algunas tareas, pero para ellas era como un castigo, solían quejarse mucho, a veces yo terminaba sus deberes para que la abuela no se molestara. Yo pensaba que era su forma de educarnos, no podía darnos tantas libertades, de haber sido así yo sería una floja y cualquier pendejo me hubiera mangoneado. Respeté a mi abuela y sus decisiones, porque nunca me pegó y me permitía hacer lo que me gustaba, como participar en los concursos de oratoria, en los que siempre terminé en los primeros lugares. También en la casa, al terminar mis deberes, podía sentarme en la sala para leer algún libro

de los que mi mamá me había dejado. Esos eran los momentos del día que más atesoraba. Las letras me permitían andar en lugares en los que me sentía más cerca de mi madre. En parte soy así por mi abuela, porque no me permitió olvidar mis compromisos, porque me enseñó que para todo hay momentos y que, al despertar más temprano, el tiempo regala más instantes.

Las primeras semanas fue difícil, extrañé viajar, leer con mamá y mis hermanos, algunas noches cuando todas dormían lloré, y me costaba dormir, pero poco a poco me adapté y lloré menos. Me sentí cómoda con mi abuela, asistía a clases y la lectura era parte de mis días, sentí que era mi hogar. Sin embargo mi abuela ya era de edad avanzada y tenía algunos problemas de salud que ella decía eran por vieja, un día ella simplemente no despertó. Yo sentí tristeza, pero no me destrozó tanto como cuando se fue mi madre. Sabía que mi vida iba a volver a cambiar, pero no pensé que tanto. Mi tía Isabel me obligó a dejar la escuela a sólo un año para terminar la secundaria. La razón de hacerme abandonar mis estudios no eran mis calificaciones, yo era una alumna de diez, no iba a la escuela para sacarme un ocho o menos, eso nunca me gustó, porque mi madre me enseñó que si iba a hacer algo, lo debía hacer bien, si no, para qué hacerlo. Mi tía aprovecho su autoridad sobre mí para tenerme como la sirvienta de su casa, así ni ella ni sus hijas movían un dedo. Mientras yo permanecía en casa para limpiar, mis primas iban a la escuela y la verdad no recuerdo haberlas visto hacer alguna tarea. Isabel siempre sintió desagrado por mí, porque ella y mi madre no tuvieron una buena relación, mis abuelos siempre mostraron preferencia por mi mamá por eso Isabel buscaba hacerme sentir menos y no lo disimulaba, ni siquiera frente a mi abuela Esperanza, solía arrancarme los libros de las manos, pero mi abuela le regañaba y me los devolvía. Sin embargo, cuando Esperanza murió, mi tía Isabel me quitó todo lo que tenía de mi madre y nunca supe qué le hizo.

Al fallecer Esperanza, Isabel se desquitó por todo lo que no pudo hacerme con su madre en vida. Con mi abuela yo me sentí acogida, pero después de su muerte me quedé sola, no tenía quién me defendiera y en esa época me daba miedo enfrentarlas, aún me salía lo pendeja. Entre mis nuevas tareas estaba lavar la ropa de todas las que vivían en la casa y también preparar la comida. Cuando empecé a cocinar yo no sabía nada; mientras vivieron, mi mamá y mi abuela no me dejaron acercarme al fuego porque era muy peligroso, pero a mi tía no parecía importarle. Para cocinar, los recetarios de mi abuela eran mi guía, con ellos practiqué las reglas gramaticales para que no se me olvidara todo lo que había aprendido, inventaba canciones con las recetas. Aprendí a mezclar los ingredientes y calcular las cantidades, aunque a veces todavía me equivoco. La primera vez que hice salsa de tomate le eché clavo en lugar de orégano, no conocía bien cual era cual. Aunque inicié esta actividad por obligación le empecé a agarrar el gusto, porque al estar en la cocina con el olor de las verduras y los frijoles cociéndose, recordaba los pueblos en donde estuve con mi mamá, el olor de las tortillas que hacían aquellas mujeres de las comunidades rurales, a veces se me antojaban los huevos al comal que echaban las señoras a lado de las tortillas; pero la fantasía se terminaba cuando los gritos salían de la boca de mi tía, me daba mucha rabia; mientras yo estaba en la cocina podía olvidarme de ella, pero Isabel y su mal humor rompían el cristal de cualquier fantasía. Le demostré que a mí las cosas siempre me salían bien, así que me esforcé para distinguir yerbas y especias para no equivocarme. No quería que Isabel tuviera pretextos para gritarme, aunque siempre encontró uno.

Las primeras veces que cociné, las ollas quedaban muy sucias porque se me quemaba el arroz, la sopa, los frijoles y todo lo que intentaba hacer, y debía entonces lavar los trastes, porque las inútiles de mis primas ni su plato podían levantar. Al principio tallaba muy duro los trastes y las costras quemadas no se quitaban, echaba agua y jabón y el avance era

mínimo.

Extrañaba a mis hermanos, estaba sola.

Recuerdo que una vez escuché a mis primas diciendo que si yo estudiaba, ya nadie limpiaría la casa. En esa ocasión me molesté y pensé en irme pero inmediatamente me di cuenta que no tenía a donde escapar, había perdido contacto con mis compañeras de la escuela y los vecinos casi no me hablaban, tenía que quedarme. Cada vez que me hacían alguna grosería volvía a considerar marcharme. Un día mi tía me aventó su plato a la cara porque no le había gustado el arroz, me dieron ganas de regresarle lo que me había lanzado; en cambio, le pedí disculpas, barrí el arroz del piso y me fui a la cocina. Yo estaba tan enojada que tallé un sartén demasiado fuerte hasta arrancarme una uña, me di cuenta cuando, al terminar, me enjuagué las manos y el agua salía roja. No pude llorar, se me habían acabado las lágrimas estaba más preocupada porque mi tía no se enterara, me puse un trapo en la mano y me metí al baño para que no viera la sangre.

A mis primas no les parecía suficiente que me encargara de la casa, tenían que joderme todavía más: escondían mis zapatos, la ropa, y no me dejaban bañar, todos los días terminaba sucia y sudorosa porque andaba de aquí para allá, siempre estaba haciendo algo. Ellas no tenían nada que hacer más que molestarte, les parecía gracioso que yo estuviera sucia y, cuando me dejaban bañar, sólo había agua fría e Isabel se enfurecía si la calentaba.

Lo mejor del día era dormir, aunque no dormía mucho, pero me olvidaba de todo. Cuando estaba en mi cama, con los ojos cerrados venía a mi mente la canción que mi madre cantaba para arrullarnos a mis hermanos y a mí. Todas las noches ella iba a darnos un beso y a cantarnos, por eso al irme a acostar entonaba la melodía, aunque con el tiempo la voz de mi madre fue desapareciendo, pero yo repetía la letra de la canción para nunca olvidarla.

Isabel me regañaba por no haber hecho los deberes como a ella le gustaba, en todo

encontraba defectos, después entendí que estaba frustrada con su vida y gritándome se sentía un poco aliviada de la tensión, así que la soporté con gran esfuerzo.

No me fui antes de esa casa porque no tenía a dónde ir y en ocasiones pensé que tal vez mis primas cambiarían, que mi tía iba a notar mi esfuerzo y el trabajo hecho para ellas y que entonces me trataría como una más de la familia. Isabel y sus hijas eran todo lo que me quedaba de mi mamá, si las dejaba era como empezar a olvidarla. Deseaba permanecer ahí porque, estando ahí mis hermanos podrían encontrarme si un día me buscaban. Si me marchaba no le dejaría la nueva dirección a mi tía, imaginé que era capaz de buscarme e inventar cualquier chisme para que me corrieran del lugar donde estuviera.

Soñé que mis hermanos aparecían y nos íbamos juntos a una casita y ahí empezaba nuestra vida, como si mi madre estuviera con nosotros sin tener que viajar tanto. Imaginé que mi familia se reconstruía y finalizaba mis estudios de secundaria. Una de mis fantasías era trabajar con algún abogado o un doctor, primero como secretaria y quizás más adelante me haría enfermera y andaría en los pueblos para recordar los caminos con mamá, pero decidí ya no quedarme a averiguar si eso se cumplía.

A los 16 años me salí de esa casa, la ilusión de tener una familia con mis hermanos se esfumó.

Deje ahí lo que Isabel me había quitado de mi madre, sólo me llevé su recuerdo.

De planta en Tacuba

Para poder salirme de la casa que fue de mi abuela, tuve que buscar primero un trabajo y después un lugar donde vivir, aunque fuera sólo un cuarto. Me escapaba cuando mi tía Isabel se iba al trabajo y las chismosas de mis primas estaban en la escuela. Tenía pocas horas para buscar empleo porque debía regresar a hacer la comida y avanzar con la limpieza. Me tardé un mes en encontrar algo, fue un trabajo en Tacuba, en una casa de ricos, la vacante era de sirvienta, pero lo mejor fue que era un puesto de planta, así que ya no me preocupé por un lugar donde dormir. Apenas me contrataron, regresé a la casa por mis cosas, que ya estaban preparadas desde que me decidí a dejar a Isabel y sus hijas. Nunca encontré mis libros, todos los días los buscaba en los lugares más obvios, o los más raros, pero no aparecieron, probablemente mi tía los había vendido o quemado.

Mi jefa se llamaba Emilia, era muy amable, no me trataba como una amiga, pero nunca fue grosera conmigo; no podía compararla en nada con mi tía. La señora Emilia, vestía muy elegante, con faldas entubadas, que llegaban arriba de los tobillos, se ponía sacos que rebasaban la cintura, casi todos sus trajes eran de colores oscuros y cada conjunto tenía accesorios, su par de guantes que parecían hechos a la medida, un sombrero para cada vestido y collares lujosos, pero no exagerados, esa era su ropa casual. Cuando iba a eventos elegantes se ponía unos vestidos, con tanta tela que yo de ahí podía sacar tres conjuntos. La ropa era poca comparada con la cantidad de zapatos que tenía, todos de tacón; a veces, cuando había usado demasiado un par, me lo regalaba, y a mí me encantaba porque yo soñaba con usar tacones y esos zapatos eran muy caros. Afortunadamente la señora y yo calzábamos del mismo número. En esa casa nadie me escondía mis zapatos y todos los días me bañaba con agua caliente.

La señora Emilia no era una mujer muy bonita, sin embargo siempre se veía bien.

Era muy elegante y educada. A pesar de que no era muy agraciada, ella sabía verse guapa y así la gente la volteaba a ver. A veces iba conmigo a hacer las compras, porque a ella no le importaba andar en el mercado, entre los léperos que le gritaban, ella hasta se sentía más bonita; a mí me gustaba caminar a su lado, y en ocasiones traté de imitarla para verme igual de elegante, una vez me cachó y yo pensé que se enojaría, pero me explicó cómo caminar para verme bien sin tropezar. Me imaginé como ella, si hubiera terminado de estudiar, elegante y educada. Viviendo en esa casa pensé que hasta tenía oportunidad de ser actriz como María Félix o Dolores del Río.

A pesar de la tranquilidad en la que vivía con la señora Emilia, a veces antes de dormir pensaba en mis hermanos, en que tal vez fueron a buscarme. Un día se me ocurrió regresar a casa de mi tía para preguntarle por mis hermanos, ya había planeado el trayecto pero al final me arrepentí. Si mis hermanos habían ido, Isabel no me diría, quizás parezca telenovela, pero yo en realidad esperé que ellas cambiarían conmigo.

En la casa de Tacuba me encargaba de limpiar, aunque no estaba sola, había otra muchacha que se llamaba Rita, pero yo era la única que se quedaba a dormir. Me encargaba de servir la cena, lavaba los trastes y a veces hacía cosas extras si la señora Emilia tenía invitados. La casa no era muy grande así que Rita y yo nos dividíamos los quehaceres del día, pero mi jefa me había dicho que sólo yo podía entrar a su cuarto, así que limpiar esa habitación era mi deber, y yo lo hacía con gusto porque demostraba que la señora confiaba en mí. Era un buen trabajo, pues en mis ratos libres me permitía estudiar, leer y escribir, las matemáticas las ejercitaba todo el día con el dinero para las compras y el pago de otros servicios, siempre andaba haciendo cuentas. Yo hubiera seguido toda la vida con la señora Emilia, pero ella se tuvo que ir a Estados Unidos, nunca entendí por qué, y era obvio que yo no me podía ir con ella. La señora Emilia intentó colocarme en otra casa, pero tenía que

conseguir un cuarto, yo tenía algunos ahorros y pensaba vivir un tiempo cerca de Tacubaya, pero antes conocí a Rafael.

El panadero

Conocí a Rafael cuando empecé a hacer las compras de la casa de doña Emilia. Él trabajaba en una panadería cerca del mercado de la colonia. Rita y yo íbamos muy temprano por el mandado, entre las dos conocimos el rumbo. La primera vez el chofer de la casa nos dibujó un pequeño mapa. De la casa teníamos que caminar una cuadra a la derecha y luego dar vuelta a la izquierda y caminar aproximadamente cinco cuadras y de nuevo a la izquierda y ahí estaba el mercado. Al llegar lo primero que veíamos eran las flores que los vendedores acababan de regar, el piso estaba mojado por el agua que escurría de las macetas, teníamos que cruzar los puestos de flores con aroma a rosas y a tierra mojada, escuchábamos a la gente llenando sus cubetas de agua. El segundo pasillo era el de frutas y verduras, se percibía el olor dulce de los mangos y a veces hasta se podía sentir el sabor en la lengua, pero el olor más penetrante era el de los chiles que a veces hacía llorar mis ojos. Rita y yo llegamos al mercado y se notaba que éramos nuevas en el barrio y hubo varios vendedores que quisieron aprovecharse, pero yo ya tenía experiencia al tratar con los abusivos, pues cuando yo hacía las compras en casa de mi abuela, aprendí a distinguir un fruto maduro y un precio elevado. Rita sólo me miraba y tomaba notas en la cabeza. Íbamos al mercado dos veces a la semana y nos turnábamos para ir por el pan, aunque después la señora Emilia me pidió que yo fuera sola por el mandado, para que Rita la atendiera mientras yo iba de compras. Rita, que no tenía mucho tiempo en la ciudad, prefería quedarse en casa a limpiar o cocinar porque sentía que en cualquier descuido podía extraviarse entre las calles.

Para mí fue mejor salir sin ella, porque ya no tenía que cuidarla, era muy distraída y me preocupaba perderla, así que cuando ya no me acompañó me dediqué a explorar las calles, me aprendí los nombres de las grandes avenidas, de las calles más cercanas a la casa y al mercado, también ponía atención en los negocios que había alrededor y en las casas

más llamativas, fue así como me encontré con la panadería en la que trabajaba Rafael, “La estrella”. Era un local muy pequeño que estaba a siete cuerdas de la casa de doña Emilia. La entrada tenía una puerta de vidrio con algunas divisiones de madera, el nombre estaba pintado en la pared, arriba de la puerta, era color azul y tenía en cada lado dibujos de estrellas, los muros adentro y afuera eran color hueso y se veía casi todo el pan desde el exterior. Cuando se abría la puerta sonaba una campana anunciando nuestra llegada o salida. Atrás parecía haber una gran cocina, algunas veces alcancé a ver los hornos. Una de las razones de mi exploración era encontrar el mejor pan del rumbo, porque el que encontraba estaba muy seco, mal cocido, o se hacía duro de un día para otro, o el bolillo, cuando se masticaba, parecía chicle. La señora Emilia no se quejaba, pero a mí me daba pena que se estuviera comiendo eso, porque mi responsabilidad era llevarle un buen pan. Había pasado por “La estrella” varias veces, pero del otro lado de la calle, así que no le ponía mucha atención, hasta que un día vi a un hombre que salía de ahí con una bolsa de pan y en la mano llevaba una concha la cual se iba comiendo. Observé que el hombre al darle la primera mordida a la concha cerró sus ojos y alrededor de su boca dejó un poco de azúcar, sin preocuparse seguía comiendo, eso me pareció una buena señal. Entonces crucé la calle e hice sonar la campana.

El ambiente era cálido y había un olor dulce que calentaba mi nariz, ahí me sentí como cuando andaba con mi mamá en donde las señoras preparaban sus tortillas. Entonces tomé una charola y me empecé a servir; no había nadie en el mostrador, pero la campana ya había gritado que yo estaba ahí, así que en cualquier momento alguien aparecería. No compré una cantidad mayor a la acostumbrada sino muy poco, apenas para probarlo porque a veces las apariencias engañan, y el olor podía ser fascinante, pero el sabor podía causar otro efecto. Cuando llegué a la casa le conté a Rita sobre mi nuevo descubrimiento, ella se

emocionó y quería probar el pan, así que serví café para acompañarlo, ella le dio la primera mordida y, al igual que el hombre que vi en la calle, cerró los ojos, y sacó la lengua para saborear los restos que quedaban alrededor de su boca. Cuando vi lo que hizo se me antojó el pan, pero en ese momento la señora me llamó para servirle el desayuno. Le llevé fruta, huevo, leche y pan, cuando llegó al pan y lo mordió hizo lo mismo que los otros dos, entonces me fui a la cocina, le di un trago al café y mordí el gendarme que compré para mí, no sé si hice el mismo gesto, pero el gendarme se terminó en tres mordidas y quería repetir, así que al otro día regresé a “La estrella” para surtirme con lo que faltaba. A partir de esa fecha esa fue la panadería de mi preferencia.

Aquel lugar lo atendían dos hombres jóvenes, uno de mi edad y otro que parecía unos años mayor que yo. Casi siempre me atendía el más chico; era más alto que yo, de cabello negro y lacio, se peinaba hacia atrás, sus ojos eran negros. Era muy serio, usualmente vestía un pantalón gris y playeras de colores, que siempre estaban llenas de harina, salpicadas de huevo o mantequilla. A veces, se ponía sobre la playera una camisa que tenía colgada atrás del mostrador, pero conservaba el olor a pan recién hecho. Al pagar casi no me miraba, siempre estaba haciendo otras cosas, sacudía el mostrador, contaba el dinero, o se ponía a limpiar las charolas y las pinzas o simplemente leía una revista. A mí me pareció normal, no tenía por qué mirarme y a los demás también los trataba así.

Un día llegué a la panadería un poco más tarde de lo usual y me atendió de manera diferente. No había clientela, él leía una de sus revistas. Cuando sonó la campana volteó a ver quién llegaba, le dije “buenas tardes”, tomé una charola e hice lo usual. Pensé que él había seguido con su lectura, pero cuando volteé a verlo me estaba mirando, por un momento no se dio cuenta, y después se cubrió la cara con la revista; detenía su lectura por ratos y me miraba, pensé que tal vez él creía que me robaría algo. Su mirada me incomodó

y eché a la charola cualquier pan para salir de ahí rápido. Cuando pasé a pagar, se me quedó viendo, era la primera vez que me veía a los ojos desde que empecé a frecuentar la panadería. Por fin me dijo algo:

— ¿Escogiste algún pan para ti? Me pareció una pregunta extraña, pensé que estaba bromeando, pero él no se reía.

—Sí, claro, el gendarme. Me sonrió y empezó a hacer cuentas.

—Bueno, yo te lo invito. Yo me negué y le pagué, pero él me regresó el dinero diciendo:

—No te preocupes, esto es para nuestros mejores clientes.

Yo continué yendo a “La estrella”, no le di mucha importancia a lo sucedido, pero después de ese día, él no me volvió a tratar con la indiferencia de antes. En cuanto yo entraba hacía sonar la campana de la entrada, él se asomaba por la puerta de la cocina, me veía y dejaba lo que estaba haciendo para atenderme. Me daba risa porque agarraba un trapo y se limpiaba la cara. Un día, en vez de limpiarse, se embarró la harina por todo el rostro. Cuando le pagué le dije que estaba muy blanco, se miró en un espejo y se puso rojo, después agarró otro trapo y se limpió. Me di cuenta que me gustaba como sonreía y que dejara todo para atenderme. A veces yo fingía que alguna compra se me olvidaba y así regresaba a verlo. Después de un tiempo, noté que no sabía su nombre y que él ignoraba el mío. En realidad, pasó mucho tiempo para que tuviéramos una conversación, sólo nos veíamos, él sonreía y yo me ponía roja.

Un día llegué a “La estrella” y el joven no estaba; pensé que quizás estaría atrás haciendo pan o cualquier cosa. Me tardé en elegir el pan, pero no apareció, así que me acerqué a pagar estirando el cuello para ver si estaba en la cocina. Ese día no lo vi y me sentí rara, como si lo extrañara, por un momento tuve miedo de no volver a verlo. Salí de

ahí, esperando que la campana lo hiciera salir. Ya en la calle, miré hacia dentro con la esperanza de verlo salir detrás de mí. Al día siguiente no volví a “La estrella”, aún quedaba pan de sobra para el desayuno y la cena, así que tuve que esperar un poco más.

Doña Emilia me pidió, días después, comprar más pan de lo usual, tendría algunos invitados. Yo me arreglé porque sabía que iba a ver al joven de “La estrella”. Me hice una trenza, acomodé mi fleco, me lavé la cara y las manos, me puse una crema que la señora me había regalado y olía a rosas, me delineé los ojos y me puse un poco de polvo para que el sudor no me hiciera brillar; me cambié la blusa que traía puesta porque estaba manchada de chile y jitomate, por una blusa blanca con botones al frente y una falda café un poco entallada como las que usaba la señora. Ella me la había dado. Después me calcé un par de zapatos negros de punta redonda, cerrados al frente y el empeine descubierto, se abrochaban con una correa que tenían en el tobillo, eran de tacón bajo y grueso, todavía estaba aprendiendo a caminar con zapatos más altos. Cuando Rita me miró, se quedó con la boca abierta, pensé que yo había exagerado en mi arreglo, pero ella dijo que me veía bien porque parecía que esa era mi vestimenta diaria.

Primero pasé al mercado a comprar el mandado, cargaba varias bolsas porque tenía que preparar una comida para diez personas, o más, si los invitados llevaban acompañantes. En cada mano, tres bolsas, y no había llevado a Rita porque yo quería ver al joven de la panadería. Con tantas cosas a mi cuidado me despeiné y el polvo se empezó a desvanecer por el sudor de mi frente. Cuando llegué a la panadería, todos mis arreglos habían desaparecido, pero aún tenía los zapatos negros que hacían lucir mis empeines, al caminar el tacón sonaba muy elegante. Entré dejando las bolsas cerca del mostrador. No había nadie, tomé una charola y la llené de bolillos; después la coloqué en el mostrador, agarré otra charola y puse algunas piezas de pan dulce. Tardé en elegir para darle tiempo de salir,

pero nadie apareció, toqué en el mostrador para llamarlos para que me cobraran y vi cómo se abría la puerta de la cocina, esperé que fuera él, pero no, era un hombre distintito, pensé que quizás el otro ya no trabajaba ahí y yo ni siquiera sabía su nombre. El joven alto notó en mi cara la decepción y parecía que se burlaba de mí, quise preguntarle por el otro, pero supuse que ya no tenía caso. Me enojé conmigo por no haberle facilitado una conversación conmigo, luego supuse que quizás era cosa del destino, eso pensé cuando me agaché para levantar las bolsas, y entonces él apareció con su acostumbrada sonrisa, cuando lo vi casi se me cayó el pan de la emoción, pero sobre todo de los nervios. Él me ayudó a sostener las bolsas.

—Hoy sí traes muchas cosas, ¿vas a tener fiesta o qué?

—Yo no, mi jefa.

— ¿Y a poco tú solita vas a cargar todo eso o tu novio te ayuda?

—No, no tengo novio, yo sola puedo.

—Claro que no, te voy a ayudar, primero me tienes que decir tu nombre.

Las manos empezaron a sudarme, sentí cómo toda mi cara se ponía roja y, como ya no traía polvo estaba segura que se me notaría.

—Entonces ¿no me vas a decir tu nombre?

Sus palabras me hicieron reaccionar y antes de contestar le sonreí.

—Me llamo Carmen y ¿tú?

—Yo soy Rafael. Tanto tiempo viéndonos y apenas sé tu nombre. Te acompaño hasta tu casa.

Rafael agarró las bolsas más pesadas y me acompañó hasta la casa de Tacuba. En todo el camino no conversamos, yo sólo le indicaba por dónde irnos, mis tacones sonaban al caminar y él miraba mis pies y luego volteaba a verme; nos deteníamos a descansar, y él

me miraba como si quisiera decir algo, pero no hablaba, sólo veía mis zapatos, sentí que me juzgaba, pero cuando nuestras miradas se encontraban yo me apresuraba a cargar las bolsas para avanzar de nuevo; no sabía qué decirle. Él parecía feliz al darse cuenta de mi nerviosismo. Tropecé más de una vez, me sentí tan torpe que me dio vergüenza seguir caminado poniéndome más roja. Cuando llegamos a la casa, le dije que se fuera para que mi jefa no pensara mal de mí. Él puso las bolsas en el suelo y me dijo:

—Eres muy callada, Carmen. Me gusta tu nombre.

Me sentía tonta, no contestaba ni sí, ni no, sólo reía.

—Pero no importa, ya hablarás conmigo. Espero verte mañana.

Me dio la mano y se fue. Yo lo observé mientras se iba hasta que volteó a verme y levantó la mano para despedirse, yo hice lo mismo y me metí a la casa.

Estaba muy chamaca, era la primera vez que me ilusionaba con un muchacho.

Primera ilusión

Después de ese día, Rafael me hizo más preguntas y mi plática crecía, quise saber de su trabajo y me contó que apenas estaba aprendiendo a hacer pan y por eso siempre terminaba manchado, todavía no tenía práctica. Yo sólo le dije que trabajaba con la señora Emilia porque mi mamá se había muerto. Al principio no le conté lo de mi tía porque no quería que me viera con lástima o que pensara que era muy pendeja por permitir tanto tiempo el abuso de mis primas, quería mostrarle que yo sola podía salir adelante y que viera que no era una mujer fácil. Sabía que tenía que poner mis límites porque los hombres son muy abusivos, si ven a una mujer sola tratan de sacarle provecho, así que desde el principio le mostré que yo era una mujer dura, que no necesitaba a nadie para salir adelante, porque para eso tengo mis manitas, y así él sabría en lo que se estaba metiendo.

Me quedaba a platicar con él en la panadería hasta que llegaba más clientela y me daba cuenta que era tarde para hacer la comida. Salía corriendo y siempre quedábamos de volver a vernos. Hasta que él me propuso que nos viéramos más tarde, para mí fue mejor porque me daba tiempo de hacer la limpieza de la casa y en la noche podía quedarme más tiempo con él. Así que en el día iba al mercado y en la noche me arreglaba para verlo. Mi peinado ya no se arruinaba por cargar las bolsas, y el sudor era sólo de nervios, me ponía las blusas que la señora me había regalado, todos los días lavaba la que me había puesto. Las blusas eran dos blancas, una color hueso, otra amarilla y una azul claro, las combinaba con la falda que me regaló doña Emilia y unas faldas que yo me había hecho, siempre con mis zapatos negros de tacón, pero trataba de no exagerar porque no quería que él notara lo importante que era para mí. Entonces llegaba a “La estrella” a comprar el pan y esperaba a que él saliera, para que volviéramos juntos a la casa, y en el camino nos entreteníamos con otras cosas, comprábamos dulces, o nos comíamos un pan entre los dos, él me contaba

historias sobre las calles y los vecinos, la gente que se había peleado en el mercado, cuáles eran los mejores puestos y me relataba cuentos del tranvía, me prometía que el domingo pasearíamos por la ciudad, aunque no entráramos a ningún lado, para que yo conociera las calles.

Mi jefa empezó a darse cuenta de que salía por las noches muy arreglada, con mi trenza bien hecha y la cara empolvada. Un día me dijo que me veía más alegre, que mi rostro había cambiado mucho desde que había llegado a pedirle trabajo; después me preguntó por Rafael, porque me había visto con él; le conté que era un amigo de la panadería que me ayudaba a cargar el mandado. Fue una mala explicación porque en las noches sólo traía el pan, pero mi jefa no me preguntó más porque había notado mi nerviosismo. Sólo hizo un gesto y me dijo que ella extrañaba su primer amor, las cosquillas que sentía en el estómago y cómo las manos se humedecían sólo al verlo; me sentí identificada y me dio miedo, no había pensado que estaba enamorada.

Después de dos meses de pláticas nocturnas, Rafael me propuso empezar una relación más seria, para que pudiera tomarme de la mano mientras caminábamos por la calle. La noche que me lo pidió fingí no haberle puesto atención y me metí a la casa con el pretexto de hacer la cena, pero él sabía que yo la preparaba antes de salir a verlo. Entré corriendo y, aunque yo deseaba estar con él, me asusté, pensé que algo podía cambiar, que quizás él querría algo más, y que me abandonaría como había hecho el padre de mis primas. No quería otra pérdida, mi vida se había estabilizado y algún cambio lo trastornaría todo. Al otro día no fui por el pan, mi jefa cenó fuera y la única que me hizo preguntas fue Rita, notó en mi cara mi desconcierto, creyó que Rafael me había hecho algo, pero cuando le conté lo que me había pedido ella se emocionó, empezó a gritar e hizo planes por mí, empezó a jugar con mi pelo y me dijo que había visto a Rafael por la ventana y le parecía

guapo, a mí la verdad me parecía muy normal. Rita estaba tan nerviosa que parecía que a ella se lo habían propuesto, me animó a buscarlo y me dijo que debía intentarlo y que si no me gustaba lo dejara y cambiara de panadería. A Rita todo le parecía muy fácil, y lo era, pero yo tenía miedo de que Rafael me abandonara. Sabía que no podía esconderme de él y si no lo veía también lo estaría perdiendo, así que tenía la esperanza de que él olvidara su propuesta y así podríamos seguir sin compromiso.

Llegué a la panadería después de pasar por el mandado, Rafael estaba en el mostrador, me miró y se fue. El otro empleado vino a cobrarme y en ese momento supe que Rafael estaba enojado, pero si desaparecía no había forma de arreglar las cosas. En aquel instante creí que él no me volvería a hablar, pero cuando me iba estaba esperándome en la esquina. Lo saludé como si nada y me dijo:

—Si no quieres algo más serio sólo dilo y seremos amigos. No tienes por qué evitarme.

—No te estoy evitando, es que...—tartamudeé un poco, no pude explicarle lo que me estaba pasando, miré al suelo buscando una respuesta, pero no apareció ninguna.

— ¿Es que, qué?

Él parecía un poco ansioso. Se paró frente a mí, me tomó de las manos y yo volteé a verlo y agregó:

—Yo sé que no soy el mejor hombre, pero te quiero mucho y te respeto, por eso he esperado tanto tiempo para decírtelo.

—Sí, pero es que fue una sorpresa, yo me siento bien con lo que tenemos y me da miedo que algo cambie.

—Todo va a cambiar para bien, pero no lo sabremos si no lo intentamos.

Yo quería que ese momento con él se detuviera para siempre. Él sabía escucharme

cuando le hablaba sobre mi madre y mis hermanos y también cuando le contaba lo que hacía en casa de la señora Emilia, sobre la comida que preparaba y los chistes de Rita. Rafael se preocupaba porque estuviera bien, me regañaba si no traía suéter, me compraba té si me veía toser o estornudar, me daba su chamarra si llovía y me presentaba a las personas que conocía. Rafael aseguró que lo hacía para que aquella gente me cuidara si me veía en problemas, todos me conocían por él. Decidí tener algo más serio, total, no iba a casarme. Seguí poniendo mis barreras para que las cosas no se salieran de control y así yo mantendría mi independencia en el caso de que Rafael saliera con alguna sorpresa desagradable.

Pasó una semana de haber formalizado nuestra relación y el domingo me regaló una rosa por la semana que llevábamos junto. Me invitó a comer a un mercado nuevo, yo invité las aguas. Estaba feliz por la decisión que había tomado.

Y después...

Rafael y yo salíamos los domingos a caminar por la ciudad. Recorrimos el Paseo de la Reforma, cerca del Ángel de la Independencia. Conocí la Diana Cazadora y el Monumento a la Revolución. Caminamos cerca de Bellas Artes, el Hemiciclo a Juárez y la alameda, doña Emilia hablaba mucho de ese lugar, sobre sus viajes en carro y sus visitas a las salas de Bellas Artes. Yo le conté a Rafael de los paseos de doña Emilia y él prometía llevarme a conocer cada lugar, aunque no entráramos. Afuera, podíamos ver a la gente que entraba y salía, algunos vestidos muy elegantes con sus trajes sastre y otros que vestían como nosotros.

Algunas mujeres tomaban del brazo a su pareja y con la otra mano sostenían su pequeña bolsa y sus guantes. Nosotros, atrás de ellos, tratábamos de imitarlos, yo siempre llevaba mis zapatos de tacón y escuchaba el compás de mis pasos.

Todo iba bien, Rita y yo nos habíamos hecho buenas amigas, ella me contaba sobre su familia y su nuevo vecino, que le atraía mucho. Yo le hacía plática sobre Rafael y las aventuras en nuestros paseos, también de los libros que doña Emilia solía regalarme y a veces le hablaba de los viajes que hice con mi mamá, pero ella no supo que me escapé de casa de mi tía, porque entonces hubiera sido necesario hablar sobre los maltratos y no era un orgullo para mí. Pensé que todo marcharía igual: cocinar, barrer, lavar, platicar y pasear los domingos; sin embargo un día mi jefa anunció que se iba a los Estados Unidos.

—Niñas, tengo algo que anunciarles. Vengan a la sala por favor.— Rita y yo imaginamos que quizás nos bajaría el sueldo, por sus problemas económicos. — Siéntense. Saben sobre los problemas de la casa, yo he hecho todo para recuperar la estabilidad, pero nada. Y recibí una propuesta interesante para no sacrificar nada, pero no me puedo quedar en México— cuando dijo eso pensé que se refería a la ciudad, que se iría a Jalisco o algún

otro lugar, pero no

.—Me voy a Estados Unidos, ahí tengo algunos conocidos que me ayudarán a recuperarme.

—Señora, ¿qué pasara con nuestro trabajo?— Rita se preocupó por su familia.

—No se apuren yo ya las recomendé con mis amigas y tienen un puesto seguro. No me iría dejándolas en la calle. Carmen, tú me preocupas porque no tienes dónde quedarte.

—No, señora, usted váyase tranquila, seguro algo sale. No me quedaré en la calle. No se apure, ya tiene suficientes problemas.

—No, yo quiero irme segura de que estarán bien. En cuanto termine de organizarme, te consigo un cuartito.

No quise discutirle, pero era claro que no quedaría tiempo para ver lo del cuarto. Sólo pensaba en que mis planes habían cambiado. Mi nueva familia terminó rota, como las otras.

Tendría que buscar trabajo y, de nuevo, un lugar dónde vivir, empezar de cero; yo tenía mis guardaditos y podía rentar, pero no sabía dónde. Rita vivía con su madre y por eso no se preocupaba. La señora me recomendó con muchas de sus amigas, nadie quería una sirvienta de planta. Yo estaba dispuesta a trabajar de lo que fuera, menos de prostituta. Rita me pidió disculpas porque ella no podía ofrecerme un lugar, ya que en su casa, vivían ella, sus padres y sus hermanos. Era una buena amiga, estaba preocupada por lo que me pasaría, queríamos seguir juntas, pero nadie contrataba a dos sirvientas. En ese momento supe que ella y yo no volveríamos a tener nuestras pláticas en la cocina; que doña Emilia ya no me daría consejos para acomodar mi cabello y combinar mi ropa; que Rita y yo no hablaríamos de su vecino. Las clases para caminar con tacones se terminarían. No habría más charlas sobre libros,

como *La telaraña de Charlotte*, el primer libro que me regaló doña Emilia, aunque era para niños. Yo tenía 16 años, recuerdo que la patrona dijo que para ella yo todavía era una niña. Después me dio el libro de un cubano, *Los pasos perdidos*, aquel texto nos hizo viajar juntas entre la misteriosa selva. Cada vez que yo leía aquel texto, mi madre venía a mis pensamientos, pero sobre todo recordaba los libros que mi tía me quitó. De haberlos tenido hubiese podido prestárselos a la señora.

Para la mudanza de doña Emilia teníamos que empacar su ropa, que ocupaba más de tres maletas, una sola para los zapatos, algunos de sus muebles los vendió y otros los dejó en la casa, para los nuevos inquilinos, que era un matrimonio, ellos no necesitaban sirvientas, ya contaban con una. En esas semanas decidí no decirle a Rafael acerca de la mudanza, de todos modos no podía hacer nada, y no quería que tuviera lástima de mí o algo parecido. Una semana antes de que la señora se fuera le conté a mi novio las noticias; le dije que Rita y yo buscábamos trabajo y un cuarto para que yo me fuera a vivir. Él se preocupó porque no quería que me metiera en cualquier lugar, él conocía historias de mujeres que habían sido obligadas a prostituirse, o jovencitas desaparecidas. Rafael era muy trágico y siempre imaginaba lo peor, al principio me ayudó a buscar un lugar, pero después me dijo que había encontrado la solución.

—Cásate conmigo.

Quise salir corriendo, pero esta vez me sostuvo fuerte de las manos.

— Te conozco, esta vez no vas a escapar.

—Estás loco. Necesito un lugar dónde vivir, no un marido.

—Ya llevamos un año juntos y estoy listo para pasar mi vida contigo.

—Sí, pero yo no estoy lista. Yo no me iré a tu casa para ser tu sirvienta y gratis. Yo ya pasé por eso.

—Quiero vivir contigo, dormir contigo. No estarás en casa ajena, será nuestro hogar.

Ese día no le contesté, le pedí tiempo para pensar lo que quería hacer. Vivir con él o seguir con mi independencia. Tener un lugar para mí sola o para dos. Empezar una familia o esperar el regreso de la que tenía.

El año que fuimos novios nunca me faltó al respeto, me agarraba la mano y a veces me robaba un beso. Rita y él entablaron una buena relación, algunos domingos salíamos los tres juntos, mientras Rita se ponía a platicar con el vendedor de la taquilla, nosotros nos colábamos a la sala, después ella lograba entrar gratis. Rafael y ella se hacían muchas bromas. Rita me aconsejó casarme con él, a ella le parecía un hombre educado y trabajador, me dijo que estaba segura de que él nunca se aprovecharía de mi trabajo y para Rita eso ya era una ventaja, porque su papá era un borracho, sin oficio y que hurtaba el dinero de su madre y de ella.

A pesar de los consejos de Rita, yo seguía dudando si vivir con Rafael o no. Mientras empacaba la última ropa de la señora Emilia ella se acercó a mí y me preguntó sobre lo que haría cuando se fuera. Yo no deseaba contarle, pero pensé que ella tendría otro punto de vista, así que le expliqué la propuesta de Rafael. Me abrazó, después me tomó de la mano y me dijo que ella no era de la idea de vivir con algún hombre porque había crecido con cinco hermanos, todos muy trabajadores, pero desordenados y aprovechados. A ella le fascinaba salir a sus paseos de la mano de un caballero, pero no quería casarse; sin embargo, ella me alentó con la boda y mencionó mis sueños de tener una familia.

— Carmen, tú me has contado sobre tu familia. Yo he visto cómo se te ilumina la cara cuando piensas en reencontrarte con tus hermanos.

— Sí, pero ¿eso qué tiene que ver con Rafael?

—Todo. Porque al casarte con él puedes empezar una familia. Él se volverá el primer integrante y después vendrán más. Tus hijos no te abandonarán. Además, se ve en tus ojos lo feliz que eres con Rafael, hasta Rita se ve feliz nada más por ti. — Doña Emilia se me acercó, acarició mi cabeza y después me dio un abrazo.

— No me quiero ir y dejarte sola, no quiero que vuelvas a pasar por eso.

— ¿No es posible que me vaya con usted?

— Yo quisiera que sí, pero se necesitan papeles casi imposibles de conseguir, y la verdad yo no me voy en las mejores condiciones. Hazme caso, Carmen, casarte con Rafael es una buena forma de empezar.

— Pero no quiero que me pase como a mi tía, que la dejaron. ¿O qué tal que Rafael termina como el papá de Rita?

— Eso no te va a pasar porque Rafael es trabajador y decente. Además, yo sé que si te trata mal, tú sabrás defenderte. Hasta ahora has sabido andar sola, pero necesitas apoyo, un descanso. Tienes claro lo que quieres: una familia. Rafael te ayudará a formarla.

— Rafael dice que él trabajará para que yo estudie algunas horas.

— ¿Ves?, él conoce tus sueños y busca la forma de hacerlos realidad, le gusta cómo eres. Cásate para que yo me pueda ir tranquila, así un día yo regresaré y me presentarás a tu familia.

En ese momento imaginé mi vida sin él, y fue difícil, imaginé a mis hijos, en mi casa, él y yo trabajando y mis niños en la escuela. Logré ver mi casa con paredes azules, cortinas blancas y una mesa con flores amarillas al centro, pensé que ese color le agradaría a doña Emilia cuando fuera de visita, flores como las de su jardín, para que no extrañara su casa.

Pasaron dos días y, cuando vi a Rafael, le dije que aceptaba casarme con él, pero

antes le puse mis condiciones: no debía meterse con mi trabajo y mis decisiones, que yo no sería su sirvienta y que seguiría usando mis tacones. Él aceptó, y me confesó que ya había encontrado un lugar para vivir juntos.

Esa misma noche se lo presenté formalmente a doña Emilia. Él se puso su mejor camisa y se perfumó para conocer a la mujer que se había convertido en mi segunda madre. Yo me puse un vestido que había hecho con una tela que la señora me regaló. Cuando los presenté, él estiró la mano, pero doña Emilia lo jaló y lo abrazó como si fuera un hijo perdido. Esa fue la primera y la última noche en la que me senté en la mesa principal para cenar con doña Emilia. Rita también nos acompañó, yo le había hecho su vestido.

La señora colocó platos y cubiertos en la mesa, porque quería ayudar en algo, no quiso cocinar porque decía que nos podíamos enfermar con sus guisados. Abrió una botella de sidra y nos sirvió en las copas que tenía en su vitrina, yo tomé un poco, no estaba acostumbrada al alcohol y no quería terminar mal. Rita y Rafael le contaron a la señora sobre nuestras aventuras en el cine y en el parque, yo le presumí cómo imitaba a las señoras en la alameda y Rafael le decía la forma en que aquellas nos miraban molestas. Después, doña Emilia nos preguntó cómo nos habíamos conocido y antes de que yo contestara Rita ya estaba contando la historia.

Fue como la cena de despedida de una familia y la bienvenida a los nuevos inicios.

Recién casados

Sólo nos casamos por el civil, no hicimos fiesta. Para entonces ya habíamos rentado un cuarto, y ahí Rita nos llevó un poco de mole y arroz, ella invitó a su vecino, comimos juntos estrenando la mesa, fue una pequeña celebración, brindamos con agua de jamaica. Para mí fue mejor, porque esa era mi única familia, los que quería ahí estaban, aunque me habría gustado que la señora Emilia conociera mi hogar. Ella se fue dos días antes de mi boda, no pude adelantar la fecha de mi celebración, pero con el agua de jamaica brindamos por ella.

Aquel hogar era un cuartito que tenía cocina y al fondo estaba el baño. El lugar no era muy chico, pero tampoco era muy grande comparado con la casa de doña Emilia, aunque era más grande que el cuarto que tenía en casa de mi tía. La vecindad estaba en la colonia Nonoalco entre las calles de Vicente Ambrosio y Ferrocarril de Cuernavaca, cerca de donde pasaba el tren. Por las mañanas se escuchaba el rugir de la locomotora, los niños salían y saludaban a los pasajeros, aunque no conocieran a nadie. Las primeras veces yo también saludé, después verlo pasar se convirtió en costumbre, ya sabía la hora en que pasaba, agoté la sorpresa, pero los niños seguían saludando y corriendo tras los carros del tren.

Al llegar al cuarto, lo sentí mío, no importaba que fuera rentado. Ahí podía hacer lo que yo quisiera, nadie me gritaba para barrer ni tendía camas ajenas, si yo lo deseaba me podía levantar tarde, aunque nunca lo hice. Por fin me sentí libre. Con doña Emilia estaba a gusto, pero no era mi casa. Ahora tenía la oportunidad de trabajar y estudiar, como Rafael lo había prometido.

Rafael me presentó el lugar con pena, su deseo era ofrecerme más, cuando vio mi expresión no sabía si era un tipo de burla o una sincera alegría. Mi mirada recorría aquel

lugar descubriendo algo espectacular, mis ojos habrían sonreído si hubiesen tenido boca. Él me abrazó, me dio un beso y dijo:

—No te puedo dar más, pero todo lo que esté aquí es tuyo.

Eso era todo lo que necesitaba para abrir mis libros de nuevo. Me haría un camino nuevo para poder ser por lo menos la secretaria de algún doctor. Leer y escribir. Quería a alguien que me mirara como mi madre, su recuerdo casi se iba, pero sentía que Rafael me veía como ella llegó a hacerlo.

La señora Emilia nos había regalado un colchón para que tuviéramos dónde dormir en nuestra nueva casa, ella pagó el flete y hasta dejó la propina. Tendí la cama con sábanas nuevas, que yo había hecho, después coloqué las cobijas, que mi suegra nos dio de regalo de bodas. Cuando me acosté cerré los ojos y me quedé dormida. Esa era nuestra primera noche de casados y doña Emilia me había dicho que algo más pasaría, pero yo tenía miedo de que no fuera lo que él esperaba, o que resultará todo lo malo que yo imaginaba, quizás él también tenía miedo porque no se me acercó mucho, sólo se recostó y me dio un beso, pero mi cansancio era tan profundo que no alcancé a oír cuando Rafael dijo buenas noches. Al dormir me sentí liberada, en ese momento tuve la sensación de seguridad como cuando mi madre me cantaba.

Al otro día me levanté a las seis de la mañana, como lo había hecho desde la muerte de mi madre, abrí los ojos y de nuevo sonreí, porque mientras dormía había olvidado aquel lugar. Cuando vi a Rafael dormido intenté hacer lo mismo, pero no lo logré, mi cuerpo estaba inquieto y me levanté para preparar nuestro primer desayuno juntos. En la casa sólo había mole y arroz de nuestra celebración, por la emoción habíamos olvidado comprar algo de despensa, así que salí al mercado para ver que encontraba y con eso empezar. Afortunadamente sabía aprovechar las migajas, en las comunidades las señoras decían que

nada debía desperdiciarse y lo aprendí bien. Compré flores para dar a la mesa color, porque estaba pálida y vacía, coloqué las rosas amarillas dentro de una botella de vidrio con agua, las puse sobre la mesa y el comedor se veía más grande tal vez porque parecía que detrás de las flores había más espacio.

Cuando regresé del mercado Rafael se había levantado y estaba en el baño, la noche anterior habíamos acarreado varias cubetas para bañarnos y para la taza. Él salió de ahí envuelto en una toalla y con el cabello escurriendo, desde donde yo estaba se veía el cuarto y no sabía para dónde voltear. Yo no había visto nunca a un hombre desnudo, cuando vi a Rafael con la toalla estuve a punto de tirar el huevo y mis manos se humedecieron de sudor por los nervios. Aunque sólo tenía descubierto el torso, yo sabía que debajo de la toalla no tenía nada puesto. Sentía un poco de curiosidad, sin embargo me acerqué a la puerta del cuarto y cerré la cortina asegurándome de que no quedara ningún espacio por donde mis ojos curiosos pudieran verlo, y así él se vestía a gusto.

Rafael se preparó para ir al trabajo, mientras yo cocinaba. Limpié la mesa, puse un mantel de encaje blanco. Preparé café, y en la mesa coloqué platos y dos tazas, una de cada lado. El huevo lo hice con mole, para darle un sabor y consistencia diferente y al servir le pondría a lado un poco de arroz. Quería que desayunáramos juntos, y además me sentía inútil porque yo no iba a trabajar, la señora que me había contratado me dio dos semanas libres, como luna de miel.

Cuando Rafael terminó de arreglarse, salió, yo esperaba que se sentara a la mesa para platicar, para darle los buenos días, ése era nuestro primer desayuno juntos, como marido y mujer, pero Rafael comió tan aprisa que ni siquiera se dio cuenta de las flores amarillas que estaban frente a él.

Se le había hecho tarde para ir al trabajo, aunque yo sentí que estaba enojado por lo

que no había sucedido en nuestra primera noche. Rafael con prisa se hizo un taco, mientras me gire por la jarra de café, pero ya no me dio tiempo de servirle, cuando volteé él ya estaba en la puerta con el taco en la mano izquierda y sólo agitó la mano derecha para despedirse, después tomó su chamarra y se fue, no dijo nada, y el primer beso del día lo olvidó. Ese no fue el principio que esperaba, levanté su plato y me senté a desayunar sola, viendo mis flores amarillas.

Rafael me había dicho que cuando nos casáramos siempre amanecería con un “Buenos días”, aunque fueran malos. Yo, mientras miraba las flores, guardaba la esperanza de que por la tarde fuera diferente y por la noche cumplir con lo que había quedado pendiente.

Mientras comía, pensaba que pronto volvería a tomar clases. Así un día podría trabajar con un doctor o un abogado, y hasta tener mi propio negocio, aunque fuera sólo una cocina familiar.

Observé las flores e imaginé todo lo que cambiaría en mi vida si todo lo prometido llegaba a cumplirse.

Por mis rumbos

Rafael se fue a trabajar molesto porque no se consumó el matrimonio, yo me quedé en el cuarto, y en ese momento me arrepentí del casamiento, pues lo único que deseaba era tener mi propia casa y construir mi familia. A veces creo que le hubiera dicho que sí a cualquiera. La noche anterior no me atreví a tener sexo con Rafael. De novios apenas si le daba la mano y los besos eran casi inexistentes, la cama, la intimidad de los cuerpos ya era dar un salto muy grande, pensarnos desnudos me incomodaba, aunque sabía que tenía que suceder para que yo pudiera tener hijos. Sin embargo ya estaba ahí, para dejar de pensar en arrepentimientos empecé a acomodar las cosas en nuestro hogar. Coloqué unas cortinas rosas, tendí la cama, que en esos días era sólo un colchón, acomodé nuestra ropa en unas cajas de madera que mi suegra nos había dado. Rafael había prometido que él colocaría unas tablas en la pared para que fuera el ropero. Después lavé los trastes con el agua que habíamos acarreado una noche antes, y también barrí todo el cuarto, hacer todo eso no me llevó ni dos horas, ni siquiera me cansé. En casa de doña Emilia hacía lo triple. Cuando terminé sentí que algo me faltaba, ya todo estaba acomodado y aún quedaban muchas horas del día, no era mi costumbre hacer las cosas en tan poco tiempo. Entonces decidí preparar la comida, aunque comiera sola, toda la semana fue así, Rafael sólo llegaba a cenar.

En casa quedaban sólo dos huevos, el mole se había terminado y, la verdad, cocinar lo mismo dos días seguidos no me parecía lo mejor y decidí salir a comprar despensa y conocer un poco más el rumbo.

Me bañé y me puse un vestido amarillo sin mangas que llegaba hasta las pantorrillas. Me puse unos zapatos de piso, aquel día no quise ponerme zapatos con tacón para no llamar tanto la atención; ya conocía a la gente, muchas personas solían hacer chismes y podían inventar cualquier cosa de mí, no deseaba empezar mal en nuestro nuevo

barrio. Después de peinarme, tomé mi cartera y me salí a la calle, estaba dispuesta a explorar, aún no tenía hambre así que contaba con tiempo de sobra para pasear a gusto.

El lugar no se parecía a los rumbos de Doña Emilia, en donde la mayoría de las calles estaban pavimentadas, había edificios y casonas, era un barrio de ricos, y Nonoalco, todavía era un pueblo. Algunas casas aún eran de adobe y carrizo, las más modernas tenían madera y lámina, aunque para mí el adobe siempre fue mejor porque se templaba en cada época del año. La vecindad era de ladrillos de barro y las puertas eran de madera, las paredes estaban cubiertas de una mezcla como de cemento, no estoy segura qué material era. Aquel barrio me recordaba a las comunidades donde anduve con mi madre.

Mi suegra vivía a dos cuadras de nuestro cuarto, en Larguilleri, justo en la esquina. Su casa sólo tenía un cuarto más que el nuestro. Rafael me había dicho que si necesitaba algo le podía avisar a su madre para que ella lo consiguiera o me dijera dónde encontrarlo, pero por mi orgullo no quise pedirle nada, ni siquiera indicaciones y no porque mi suegra fuera grosera conmigo, ella siempre fue amable. Las últimas personas a las que podía llamar malas fueron mi tía y mis primas, no es que los demás fueran unos santos, pero por lo menos, me trataban como persona, no todos me respetaron, pero dejaron de tratarme como esclava.

La mamá de Rafael siempre me daba la razón aunque tuviera que llevarle la contraria a su hijo. No conocí la historia de mi suegra, pero en ocasiones sentí que se identificaba conmigo. Ella nunca me echó en cara que no solicitara su ayuda; y es que al casarme, de alguna manera, me comprometí a atender la casa y a mi marido, pedirle ayuda era como entregarle mis responsabilidades y mi autosuficiencia. Yo había atendido una casa más grande y a tres mujeres inútiles, mi cuartito era prácticamente nada. Noté que mi suegra por eso me trataba bien, tal vez si hubiera sido una floja entonces habría conocido su

verdadero carácter.

Cuando salí a la calle para pasear y conocer, saludé a todas las vecinas que se encontraban afuera de sus casas, justo en ese momento pasó el tren y, como los niños del barrio, saludé a los pasajeros, como si de verdad conociera a alguno. En la calle, no faltó quién se me quedó viendo de arriba abajo, yo temí que pensarán que el vestido era muy corto o mis brazos muy descubiertos o que mi amabilidad se prestara para otras interpretaciones. Seguí caminando y pensé en todo lo que ya se estaba hablando de mí, pero más adelante decidí dejar de darle importancia, de todos modos ¿qué más podía hacer?

Enfrente de nuestra vecindad, al otro lado de las vías, estaba la iglesia de Nonoalco. Antes de que tuviera alguna reja o pared como ahora, tenía columnas de cantera, los muros estaban pintados, la parte baja de color guinda y de arriba de un color crema, creo que esos colores son usuales en iglesias. Para llegar a la entrada del templo había un camino de cantera envuelto de pinos y a un costado una fuente en un jardín con bugambilias. Actualmente no ha cambiado tanto, sólo que ahora tiene rejas y un cuarto donde se juntan algunas personas a rezar o a organizar eventos de caridad. La iglesia estaba en la calle Ferrocarril de Cuernavaca que se dividía y se convertía en Allori.

Caminé sobre Allori, ahí había bardas de carrizo, algunas de lámina, pero lo que recuerdo es una vecindad con arcos en cada puerta, era una construcción antigua porque eran piedras y no ladrillos, era cantera. La fachada me recordó a una casa que estaba cerca de la panadería donde Rafael trabajaba, las puertas eran de madera y muy gruesas, una tenía que tocar con mucha fuerza para que adentro escucharan. Esa vecindad tenía varios árboles, que rodeaban una fuente. Eran apenas unas diez casitas, algunas tenían salida hacia la calle y hacía el patio, pero la entrada principal estaba sobre la calle de Chilpa, me habría gustado vivir ahí.

Di vuelta en Chilpa, en esa calle había varios terrenos vacíos y casitas rodeadas de tierra. En ese lugar había una pequeña granja, estaba cercada con lámina y carrizo, los carrizos eran un poco viejos y se rompían fácilmente, a pesar de eso la gente respetaba esos terrenos; la granja tenía sembradíos de maíz y de frijol, también criaban vacas y gallinas. Se mantenía con la venta de leche, huevos, maíz y frijol, con el maíz que ahí cosechaban hacían tortillas para venta. Recuerdo que con la lluvia la granja olía a tierra mojada, me encantaba caminar por ahí cuando terminaba de llover aunque mis zapatos terminaran llenos de lodo. En la época de calor el ambiente era un poco desagradable por el olor de los animales que se volvía más intenso, igual que sus desechos y desperdicios. Me hice amiga de la dueña de la granja, se llamaba Dolores, ella intentó enseñarme a hacer tortillas, pero la verdad yo no tenía la paciencia para amasar, ni para esperar a que se cocieran. Dolores me dio dos clases y, al final, las dos nos rendimos. Ha sido de las pocas cosas que he dejado, así que mejor terminé comprando las tortillas hechas; pero sí aprendí a ordeñar a las vacas, no lo hacía muy seguido, pero practiqué suficiente.

Desde la muerte de mi madre, no había visto de nuevo sembradíos o una vaca viva. En casa de doña Emilia ya todo llegaba cortado, listo para cocinarse; la leche estaba envasada y los huevos contados, en la granja teníamos que esperar a que ordeñaran a la vaca. Después de un tiempo la dueña me enseñó los secretos de la granja para atenderme sola. Hubo ocasiones en que no se daba la cosecha de maíz y entonces no había con qué hacer tortillas; afortunadamente había otros lugares donde conseguir estos productos. Cinco cuadras más adelante, cerca de donde pasaba el ferrocarril, había otra granja, ahí iba cuando no encontraba todo con Dolores, aunque no ocurría con frecuencia, además en la granja de Dolores solían apartarme la mercancía; a veces sólo llegaba a pagar y no faltaba, entre los clientes, quien se enojaba por no formarme, pero mi amiga les decía que yo había pasado

más temprano a apartar.

Lo que más me molestaba era dar vueltas en la calle para comprar los alimentos, casi siempre salía con el tiempo justo para preparar el desayuno, por eso aprendí a siempre tomar quince minutos más de lo pensado, para que me quedara algo de colchón y Rafael no se saliera de la casa sin algún bocado, o que llegara tarde al trabajo por esperarme, no me gusta andar cargando responsabilidades de los demás.

En esa época, las orillas de la ciudad eran pequeños pueblos, como dicen ahora: “la civilización todavía no llegaba”, a veces se aparecía con el tren.

Cuando Rafael se iba a trabajar, en ocasiones, me tomaba quince minutos para ir a tomar el café con Dolores, también para que no pensara que nuestra relación era por conveniencia. Cuando estaba en la granja, los olores me recordaban cuando yo, de pequeña, entraba corriendo a las casas de las mujeres de los pueblos y ellas casi siempre me daban un taco de queso y huevo, todo recién hecho, el queso fresquecito y el huevo al comal, por eso me gustaba andar ahí. Tenía 18 años cuando llegué a Nonoalco y, a pesar de las cosas que me habían pasado, aún recordaba a mi mamá. Actualmente ese terreno es la unidad habitacional en la que ahora vivo, todo el maíz fue cortado, las vacas se vendieron a otras granjas o mataderos, al igual que los otros animales. Yo hubiera preferido que las cosas permanecieran como estaban.

El olor a tierra desapareció cuando llegó la urbanización.

En aquel tiempo

El primer día mi matrimonio caminé por la colonia con el vestido amarillo que me hacía sentir fresca pero, al mismo tiempo, me sentía apenada porque tuve la sensación de que todos me miraban. Recorrí la colonia en dos horas, memoricé las puertas que me gustaban, para ver las copas de los árboles más frondosos. Me aprendí los nombres de las calles y de los lugares más importantes, en dónde podía comprar comida, o lo necesario para la casa. Ubiqué las residencias en las que ladraban más los perros y los lugares que era mejor no cruzar, porque estaba muy solo o muy lleno, identifiqué los límites de la colonia, y los lugares vecinos. Yo, como me enseñó mi abuela, saludaba a todo el que se me cruzaba en la calle. En esa época todos contestaban al saludo con una sonrisa, aunque sí hubo algunos que casi querían comerme con la mirada. Había cuerdas que eran ocupadas por un sólo terreno, con una puerta y un portón para sacar a los animales, o a las carretas. Incluso había calles en donde apenas había dos casas y lo demás eran terrenos llenos de hierbas con algunos árboles.

Ese día mis pies quedaron negros de tanto caminar, por la tierra que se colaba a mis zapatos, aunque yo en cada esquina los sacudía. No me había puesto medias porque era demasiada elegancia para esas calles y la gente a veces te juzga de presuntuosa. La verdad a mí no me importa lo que diga la gente, si hablan mal de mí no me voy a morir, pero si puedo evitar que se hagan chismes, mejor.

Caminar por esas calles me hizo pensar en lo que sería mi vida en un futuro próximo, lo que vendría después de ese recorrido, los días que me esperaban a lado de Rafael. Recuerdo mis ganas de trabajar para obtener mi propio dinero y comprar mis primeras ollas, la vajilla, los cubiertos, no quería nada lujoso, sólo que fuera mío de verdad, en mi propia alacena; imaginaba el color de mis manteles y cortinas, tenían que combinar

uno con otro, hacer juego con las paredes. Mientras planeaba no podía evitar pensar en mi mamá y mis hermanos, en lo bonito que sería compartir el nuevo inicio con ellos. En los años después de la muerte de mi madre sólo deseaba tener de nuevo una familia y con Rafael era posible, podríamos tener hijos y quizás una casa más grande. Yo quería ponerle a mi primera hija el nombre de mi madre.

Cuando decidí casarme la señora Emilia me explicó algunas cosas que podían suceder dentro del matrimonio, entre ello dar a luz, aunque ella no estaba casada, tenía suficiente información sobre el tema. Lo que me dijo me asustó un poco y por un momento me quito las ganas de tener hijos, aunque era lo que más deseaba, algo realmente mío.

Doña Emilia me había dicho que un parto era el dolor más fuerte para una mujer y quizás para un hombre si pudiera sentirlo. Insistió que ningún golpe era comparable y que olvidara mis dolores pasados, pues ese los sobrepasaba, a mí me parecía imposible. ¿Qué podía doler más que la muerte de mi madre, o los golpes de cable que mi tía me daba en la espalda? ¿Un dolor más fuerte? Pero si ya había soportado aquellas dolencias, un parto, para mí, no sería nada. Sólo tenía que superar el temor a que invadieran el último espacio que quedaba de mi privacidad y eso me costaba, por vergüenza y miedo. Después de eso ya no quedaría nada más que ocultarle a Rafael y no me gustaba esa sensación, sentía que en cualquier momento él podía lastimarme.

Aquel día, mi marido llegó temprano, yo había cocinado sopa de fideos, huevo con ejotes y ya había puesto a remojar los frijoles para el día siguiente. Rafael me trajo pan dulce y un litro de leche, en esa época la leche era un lujo, pero él quería consentirme y compensar mi soledad de toda la tarde. Se sentó a la mesa y le serví la sopa. Mientras comíamos le conté sobre mi paseo en la colonia y mis descubrimientos. Me atreví a decirle que el nombre de nuestra primera hija debía ser Gudelia, él sólo sonrió y me dio un beso en

la mano, porque sabía que los besos en la boca me incomodaban.

Esa noche nos acostamos y no conciliamos el sueño como en la noche anterior, seguíamos hablando, él hablaba de su trabajo y yo de la colonia y de lo que había recordado de mi mamá, en ese momento él se acercó un poco más para abrazarme, pues notó que ese tema me ponía triste, entonces aprovecho para darme un beso en la boca, yo al principio me aleje de él, luego acarició mi cabello y sonrió, volvió a besarme. Deje de sentirme triste, y pensé en la familia que quería tener, en el nombre de mi primera hija, en los nombres para un varón, en regresar a la escuela, en mi nuevo trabajo y me sentí tranquila, estaba en mi casa con Rafael, a punto de iniciar una nueva familia.

A pesar de mis miedos, permití que pasara mis barreras. La verdad es que ahora no recuerdo mucho de ese primer encuentro, es algo de lo que no me gusta hablar, sólo puedo decir que al final no era tan importante. Rafael no invadió todo lo que había en mí. Fue cuando supe que él conocería sólo aquello que yo le permitiera conocer.

Once veces más

Después de mis dos semanas de vacaciones, regresé al trabajo en casa de la amiga de doña Emilia. No era lo mismo, aquella señora me trataba con desagrado. Si yo, por alguna razón, le llegaba a rozar la mano, ella corría a lavarse. Aguanté sólo un mes ahí, porque la manera en que me veía me incomodaba y me dejaba una terrible sensación que no desaparecía en mucho tiempo, incluso perduraba al llegar a casa. Renuncié diciendo que a Rafael no le gustaba que estuviera tanto tiempo fuera de casa, claro a él le dije la verdad y me dijo que era mejor que no trabajara para así dedicarme a la casa y a atenderlo, yo me reí un poco, algo burlona, y al otro día fui a buscar trabajo. No hui de casa de mi tía para ser criada de mi marido.

Tardé un día en encontrar empleo, con un horario que me permitía atender la casa. Fue en la famosa Tintorería Francesa, yo llevaba la carta de recomendación de doña Emilia y de su amiga, quien, con tal de que me fuera, escribió lo mejor de mí. También me ayudó el hecho de que sabía usar una máquina de coser. Primero me colocaron en el área donde se hacían pequeñas composturas como dobladillos o algunos parches, hay gente que no se quiere deshacer de su ropa por más vieja que esté.

Un mes después de laborar en la tintorería, quedé embarazada. Me puse tan contenta que llené la casa con flores rosas y amarillas, ya que aún no sabía si el bebé era niño o niña. En cuanto a la tintorería, continué como si nada, nunca llegué tarde, entregué mis trabajos a tiempo y el jefe no tenía ninguna queja de mí; pero a los cuatro meses, cuando el embarazo se empezó a notar, una compañera se me acercó y me sugirió que fuera a hablar con el jefe, porque si no la información podía llegarle como teléfono descompuesto. Esa misma tarde fui a su oficina, le conté sobre mi situación y por mi buen trabajo no me corrió, pero frunció el ceño y me llamó la atención al respecto, al final sólo me sugirió que me tomara un mes

de incapacidad, pero le dije que no era necesario, sólo necesitaba dos semanas.

A pesar del embarazo, continúe con mi vida como si nada, trabajando y encargándome de la casa, todo seguía igual menos mi panzota. En la primera semana de incapacidad nació nuestro primer bebé, Concepción. Rafael ignoró mi deseo de que mi primera hija debía tener el nombre de mi madre. No me llevó mucho tiempo dar a luz, algunas mujeres tardan casi todo el día en labor de parto, yo en media hora ya tenía a mi hija en el regazo y enseguida me dieron de alta. Rafael y su madre fueron por mí.

En la casa, los dos, muy preocupados, me acomodaron en la cama junto a la niña y nos dejaron dormir todo el día. Al despertar me quise levantar para hacer el desayuno, pero Rafael no me dejó, sólo me avisó que su madre se había encargado de la comida, lo que yo menos quería. En pocos días ya estaba fuera de cama. Y dispuesta a ir al trabajo, el jefe me permitió que durante dos meses trabajara medio tiempo para que pudiera regresar a ver a mi hija. Aunque Rafael no estaba de acuerdo en que yo regresara a trabajar, él esperaba que yo sólo me dedicara al hogar y a cuidar a Concepción, pero yo sabía que con su sueldo no sería suficiente si queríamos tener más hijos, pues yo esperaba en algún momento tener nuestra casa propia. Yo aproveche la flexibilidad de mi jefe y el apoyo de mi suegra para que el cuidado de la niña no fuera un pretexto para mi esposo.

Después de tener a Concepción tuve once hijos más. El dolor de parto no se comparó con mis otros dolores, como dijo doña Emilia, sin embargo era algo que estaba dispuesta a pasar. Yo no sufría mucho y menos si se trataba de mi familia.

La francesa

Cuando empecé a trabajar en la tintorería francesa todo me parecía nuevo. Ahí mi trabajo consistía en coser y zurcir, por lo menos los primeros meses. Las prendas me las traían hasta mi lugar, era un sitio muy cómodo, pero, aunque no lo parecía, era muy cansado, sobre todo para los ojos. En ocasiones terminaba mi trabajo dos horas antes, a veces se trataba sólo de unos remiendos; yo no era la única que cosía, había cinco empleadas más y el trabajo se dividía por número de prendas. Quien avanzaba más en la costura debía atender el mostrador y casi siempre terminaba siendo yo. Una de las costureras decía que mi labor estaba mal hecha y que me tocaban remiendos más pequeños. En todos lados hay alguien que no soporta que a otros les vaya mejor. No le reclamé porque me basta saber que hago las cosas bien, no tengo que demostrar nada.

Al terminar toda la costura limpiaba mi lugar, organizando hilos y telas, dejaba libre mi área de trabajo para que al otro día nada entorpeciera la costura. Había ocasiones en las que terminaba mis tareas antes de la hora de salida, así que trataba de entretenerme acomodando las cosas a mi alrededor, porque eso sí, por muy buenas que fuéramos, no podíamos salir antes de nuestra hora. Aunque no era frecuente que esto sucediera ya que cuando notaban que estábamos libres buscaban que más traernos para coser.

Al principio no me llevaba bien con mis compañeras, sobre todo porque yo nunca he sido de las que se ponen a chismear, no soy muy sociable, eso no quiere decir que yo anduviera seria todo el tiempo ni que no le hablara a nadie, aunque al inicio así parecía. Después me fui haciendo de amigas, aunque la verdad fueron ellas quienes se acercaron a mí, sin darme cuenta ya estaba desayunando con ellas o enterándome de indiscreciones; a veces se me acercaban algunas muchachitas a contarme sus problemas, o a darme alguna información que ellas creían que a todos les interesaba. Siempre hay gente envidiosa, así

como también hay chismosas y otras poco sociables como yo. Casi todas las indiscreciones eran sobre el jefe, o algún asunto de la tintorería. Yo escuchaba con cierta atención, pero cuando alguna empleada me colmaba, solía mandarla con Martha, la envidiosa que hablaba de mí.

A veces al terminar mi labor, iba a observar el trabajo en las otras áreas, el cuidado con el que se planchaban las camisas, las líneas de los pantalones, los sacos con hombreras y las blusas de seda. Me sorprendía que hubiera gente que sólo se dedicaba a colgar la ropa, pero como todos necesitábamos el dinero nunca protesté; también estaban las personas que acomodaban los pedidos, se colocaban por orden alfabético, cuando las prendas no eran de carácter urgente.

Con el tiempo fui entendiendo la división en tareas tan simples como colgar. A veces una sola persona nos dejaba diez prendas o más, entonces se le pasaban esas mismas prendas a una sola costurera, planchadora, colgadora y acomodadora, la cual entregaba. Un solo equipo se ocupaba de una sola persona aunque se tratara de una o diez prendas, eso evitaba que la ropa se extraviara o se confundiera. De cada actividad se llevaba un registro, ahí se apuntaban qué prendas eran las que le tocaban a cada empleada y en qué momento estaba lista la ropa para entregarse. Si por alguna razón se confundían prendas o se arrugaban, había que iniciar otra vez. Esta organización no surgió de la nada, me contaron que antes de mi contratación, ocurrió un percance con la entrega de ropa. Un cliente recibió una prenda que no le pertenecía y cuando el verdadero dueño apareció no se le pudo entregar lo que solicitaba. La Tintorería Francesa en esa época era una de las mejores y la gente que acudía ahí con su ropa era rica, por lo tanto sus prendas de vestir eran muy caras, “muy finas”. Cuando sucedió ese percance, la muchacha responsable, aparte de ser despedida, tuvo que pagar su descuido. Ese suceso era una leyenda en la tintorería, muy

pocos afirmaban haber conocido a la muchacha que ni siquiera tenía nombre, sólo era “la encargada”, “la responsable” y cosas parecidas. Un cuento para asustar a los nuevos empleados. Por eso, alcanzar el puesto de acomodar prendas era una prueba de confianza de parte del jefe; pero casi nadie deseaba tener esa posición. Llegar ahí te colocaba dos escalones más arriba que los demás, aunque los empleados que entraban creían que acomodar era el trabajo más sencillo. Sin embargo las acomodadoras tenían una gran responsabilidad, eran los que repartían. Al día llegaban más de cien prendas, era ropa que se debía coser y planchar, las acomodadoras estaban al pendiente del término de un trabajo para acomodarlos. Se les conocía como acomodadoras, pero en realidad eran supervisoras de las costureras y planchadoras. Al principio entender todo este proceso me confundió, pero en la práctica y convivencia diaria entendí cómo funcionaba cada puesto en la tintorería. De hecho, cuando me embaracé, para poder hablar con el jefe, tuve que pasar por varios filtros para que me dieran cita, aunque al final fuera de lo más sencillo.

Me sorprendían las planchas tan grandes, la inmensa cantidad de ganchos, las cosas que usaban para suavizar las telas o para que la ropa no guardara olores, todo a grandes cantidades. Aprendí los trucos de planchado y eso me ayudó para subir de posición. Pasé dos meses con las costureras y después me ascendieron a planchadora. Ahí supe cómo marcar la raya de los pantalones de manera que quedara totalmente derecha al frente y atrás. Aprendí a planchar sacos: utilizábamos una esponja para las hombreras y al final el saco quedaba como si tuviera un cuerpo adentro y no aplastado. Al planchar no debía quedar ninguna arruga ni raya, todo liso, sin marcas, y el olor era como de bebé en ropa de adulto.

Jamás llegué tarde y a pesar de haber empezado mal con mis compañeras, la mayoría terminó queriéndome y pedía mi consejo para casi todo o a veces simplemente

querían que las oyera, aunque siempre terminaba diciendo lo que pensaba, opinando y sugiriendo, se me hacía fácil decirla, pero al final terminaba contradiciéndome.

Ésta es mi familia

En casa, cada quien tenía sus deberes. Por la mañana dejaba preparado el desayuno y la comida para mis hijos, por la noche, cuando yo ya estaba en casa, sólo bebíamos leche con pan, no me gustaba que cenaran mucho porque si comían demasiado no podían dormir. Laura y Concha, las hermanas mayores, se encargaban de calentar lo que yo había preparado, mientras Delia y Beatriz servían. Cada cual recogía, lavaba los platos y vasos que usaba. Ese era nuestro acuerdo, para que yo, al volver del trabajo, aseara los trastes grandes.

Los deberes de Rafael, mi hijo mayor, consistían en vigilar que todos se fueran a la escuela con la mochila lista, ponía en ella un pequeño lonche y después acompañaba a sus hermanos para que no se fueran de pinta, ellos sabían que no era posible convencerlo para que los dejara escapar. Los más pequeños me ayudaban a doblar la ropa y lavar las cucharas, yo les ponía algunos deberes, porque querían sentir que también ayudaban.

En las camas dormían por parejas, y se turnaban para tender la cama, igual que cuando barrían y trapeaban. Mis hijos tenían un itinerario que ellos mismos habían acordado, aunque a veces se turnaban los días por algún otro deber, si querían salir a alguna fiesta o ir a jugar fútbol. A mí me causaba gracia, se sentaban a la mesa para negociar si les convenían sus cambios de horarios. Yo cocinaba e iba a dejar a mis hijos menores a la escuela, para estar al tanto de su avance. Mi hijo Rafael siempre vigilaba las calificaciones de sus hermanas, las mayores.

Tenía confianza en que todos harían su tarea, aun así Concha y Rafael tenían instrucciones de ser los vigilantes, para asegurar que terminaran todo. Algunos, después de terminar sus deberes de la escuela y la casa, salían a jugar. Los mayores se iban con sus amigos. Cuando yo regresaba ya todos estaban en casa, me mostraban sus labores y ponían

la mesa. Yo llegaba siempre a tiempo para cenar.

Intenté no limitar a mis hijos, les permití que salieran si cumplían con los deberes de la casa y así también les enseñaba la importancia de sus obligaciones, como mi abuela y mi madre me habían educado. Para que crecieran como yo, sin depender de nadie, pero con más formación.

A mi marido lo veía al despertar, muy temprano, me levantaba a prepararle el desayuno para que no se fuera con el estómago vacío. Mi madre decía que el alimento más importante del día era el de las mañanas. Mientras él comía yo tendía la cama y preparaba lo que mis hijos comerían por la tarde. Rafael terminaba el desayuno y se ponía de pie, recogía sus cosas del sillón y ya en la puerta se despedía: “nos vemos en la noche”. Los primeros años de matrimonio Rafael me daba un beso en la mejilla antes de irse, aunque yo me mostraba incomoda, con el paso del tiempo dejó de darme el primer beso del día, ni siquiera me daba el de las buenas noches, y como yo nunca fui muy afectiva, no buscaba darle ni siquiera la mano. A lo largo del día no nos veíamos, cada uno estaba en su trabajo, él en la rosticería El Pavo Elegante y yo, en la tintorería. Pocas veces llegó a tiempo para cenar con mis hijos. Nosotros nos encontrábamos por la noche, pero sólo porque dormíamos juntos, había ocasiones en las que no sentía su llegada, trataba de esperarlo para servirle la cena, pero el cansancio me vencía. Los niños sólo lo veían los domingos, cuando íbamos a las salas de cine o a la feria, y si no teníamos mucho dinero nos íbamos al parque para que los niños jugaran o comieran un helado. Para ir al cine preparábamos tortas y agua para cada uno, a veces les comprábamos algodón de azúcar o dulces por gramo y en la feria comían manzanas acarameladas o barquillos de merengue, para que saciaran sus antojos de todo lo que veían.

En ocasiones, entre semana, Gabriela y Evaristo decidían quedarse a esperar a su padre

porque no lograban dormir sin él, pero al final se quedaban dormidos en un sillón, los dejaba ahí, para que cuando su padre llegara les diera su beso de buenas noches y los acomodara en su cama. Nunca comprendí ese cariño, porque en realidad no lo veían mucho. Mis hijos mayores eran quienes más convivían con él, a veces madrugaban para ayudarme a lavar la ropa o para terminar alguna tarea y ese tiempo era aprovechado para platicar con su padre o sólo acompañarlo a desayunar.

Cuando Rafael llegaba no parecía estar tan cansado, eso siempre me llamó la atención porque se mantenía de pie toda la jornada, y cuando llegaba muy tarde, se debía a los numerosos pedidos, porque la rosticería cerraba a las once de la noche. El dinero que me daba para el gasto era muy poco a pesar de sus horas extras, por esa razón yo trabajaba doble turno, y hacía labores extras de costura, para completar y que los domingos mis hijos pudieran darse algunos lujos. No me gustaba que sólo vieran las golosinas que los demás niños se comían. Cada vez que pude le pedí a Rafael que dejara aquel oficio, porque lo explotaban sin recibir un pago justo, no veía a sus hijos y tampoco los podía mantener como era su deber, aunque a ellos nunca les faltó nada. Por esa razón yo nunca le tomé la palabra sobre sólo dedicarme a la casa, porque con su sueldo no podíamos mantener dignamente a nuestros doce hijos.

Un día supe la razón de que el dinero fuera tan poco, y el porqué de sus ausencias en la cena. Tenía otra esposa, otros hijos, otra familia que sostener. No me pasó lo que a mi tía, quien fue abandonada por su marido, algo que siempre temí, porque eso ayudó a la amargura de mi tía Isabel. Mi caso fue diferente porque yo tenía marido, pero no me servía de mucho, ayudaba poco en lo económico y ni siquiera levantaba su plato después de comer. Para confirmar que estábamos casados sólo tenía un papel, pero yo nunca he sido como esas mujeres que se sientan a esperar el dinero, yo he trabajado casi toda mi vida,

para no tener que pedir nada, eso me lo enseñó sobre todo la señora Emilia, aunque a ella la mantenían sus amantes, pero siempre me advirtió que yo no tenía porqué depender de nadie.

Supe sacar adelante a mi familia. Si alguno de mis hijos necesitaba zapatos nuevos, se los compraba. Todos, cada año debían estrenar uniforme, no me gustaba que llegaran con cosas parchadas, así que yo les hacía sus uniformes, vestidos para las niñas, y pantalones para los chicos, no quería que se sintieran incómodos con su aspecto, porque, aunque no teníamos mucho dinero, sé que podía darles una mejor niñez que la que yo había recibido en casa de Isabel, no quería que sufrieran ninguna clase de abuso. Mis hijos tenían calcetas blancas sin hoyos, me aseguré de que no los hicieran menos por su ropa, y menos por su inteligencia y actitud, sabían defenderse, y si no, tenían una familia que los respaldaba, por eso en la unidad habitacional nadie se metía con mis muchachos, además que ellos nunca fueron busca pleitos. Esa era la familia que soñé cuando me alejaron de mis hermanos.

Cuando mis hijos crecieron empezaron a tener nuevas necesidades, uniformes, ropa, zapatos y útiles. Empecé a hacer tiempo extra en la tintorería y trabajos de costura en casa, tejido y alguna otra manualidad para que el gasto alcanzaría a cubrir lo que se requiriera en la escuela de los niños y las necesidades de casa.

Procuré que no les faltara nada y menos cariño.

Despedida

El día que supe de la otra familia de Rafael, venía del centro; traía una bolsa llena de hilos azules y una tela fina color miel para hacer una blusa de una compañera del trabajo. Iba caminando sobre Chilpa, cuando una de mis vecinas me gritó desde la acera de enfrente para que la esperara, ella cruzó con cierta prisa, recuerdo que se escuchaba el retumbar de sus zapatos. Cuando llegó a mi lado yo le insinué que tenía prisa, pero ella me miró y dijo:

—Es que esto no puede esperar. Se lo tengo que decir para que no le sigan viendo la cara.—Su seriedad me intrigó. Pensé que sería algo de mis hijos.

—A ver, dígame, ¿para qué soy buena? ¿Qué chisme me tiene de mis muchachos?

—No, sus hijos no han hecho nada. No sé ni cómo empezar.

—Ándele, Teresita, pensé que era urgente.

—Pues sí, mire, es que hoy bajé a Larguilleri, a ver a mi tía. Me encontré con su marido, iba acompañado de una mujer de cabello largo y dos niños, que tenían ropa como la que usted le hace a sus hijos. Iban tomados de la mano y cuando él me vio le soltó la mano a la mujer y caminó más rápido, ni siquiera me saludó.

Me quedé en silencio, le di la espalda y seguí caminando. Le grite “gracias” mientras cruzaba la calle. Eso explicaba las ausencias, el olor de su ropa, y la falta de dinero. Él mantenía a dos familias y su trabajo no era tan exigente como yo creía, lo peor fue que los vestía con la ropa que yo había confeccionado especialmente para mis hijos. A mí no me importaba que me cambiara por otra, lo que sí me disgustó fue que no respetara la ropa de mis hijos, les faltó a su cariño, a las noches en que lo esperaban sólo para decir “buenas noches”, a ellos que se dormían en el sillón para darle un beso. Mientras, él repartía la ropa de mis hijos con otros niños, que yo deseaba que no fueran sus hijos, deseé que fuera sólo un acto de caridad.

Le lavaba la ropa para que la fuera a ensuciar con esa mujer; yo le hacía de comer y él se comía lo que ella preparaba. No tuve el valor de asegurar que esos dos niños fueran suyos. Pensé que nuestros domingos eran especiales, pero Rafael disfrutaba días así con más frecuencia de lo que yo creía. Lo que Teresita me dijo, explicó por qué la ropa de mis hijos desaparecía de los tendederos, por qué había fechas en que recibía menos dinero y por qué, a veces, llegaba sin hambre. Había mañanas en que se iba más temprano. Cuando desaparecieron sus besos matinales debí sospechar porque, aunque yo lo rechazara, él se divertía insistiendo. Hasta que una mañana quizás se hartó de ser rechazado y se desvanecieron los gestos de cariño y complicidad.

Al llegar a la casa tomé unas bolsas de plástico y empecé a meter su ropa en ellas, agregué unas blusas más para que se las diera a esa mujer, que parecía estar necesitada. Eché su ropa interior, sus pantalones y camisas, todo cabía en dos bolsas. Mis hijas sólo me miraron y sin preguntar, me ayudaron a recoger todo lo que era de él, tal vez ellas lo sabían o tal vez sólo respetaban mi decisión. Me apoyaron como cuando su padre me pegó, porque en mi cumpleaños llegué con un collar que mis compañeras me habían regalado y creyó que me lo había regalado un hombre, me dio un golpe en la cara, y me metí al baño, ahí encontré una manguera que use para regresarle el golpe más de una vez, así mismo nunca dejé que le pusiera una mano encima a mis hijos.

Cuando mi hijo Rafael, llegó a casa, miró las bolsas que empaque con las cosas de su padre y se salió al mercado a buscar a un cerrajero. Cambiamos la chapa del departamento, y saque copias para cada uno de mis hijos a excepción de los más pequeños, los cuales siempre estaban a cargo de los mayores. El cerrajero del mercado nos conocía porque él también reparaba máquinas de coser, entre ellas la mía, cuando llegó vio la chapa y preguntó si tenía algún defecto, yo sólo moví la cabeza para negarlo y no volvió a

preguntar. Al terminar nos dio las copias de las llaves, y yo tenía la sensación de que él ya sabía lo de Rafael.

Antes de cenar, cuando ya estábamos en la mesa, les expliqué a todos mis hijos que su padre ya no viviría con nosotros y que no debían abrirle la puerta. Los pequeños sólo entendieron que ya no verían a su padre y les dio motivo para llorar. Mis hijas mayores apoyaron mi decisión y abrazaron a sus hermanos y acompañándolos con un poco de lágrimas, pero las quitaban bruscamente de su cara, tal vez creían que no era razón para llorar, sino para gritar de rabia, o eso es lo que yo sentía.

Me metí al baño y lloré lo que tenía que llorar, salí y les serví la cena. Al terminar empezaron a levantar su plato y entonces escuchamos a Rafael subir las escaleras, después intentó abrir la puerta y nos quedamos en silencio. Evaristo corrió a abrirle, pero mi hijo Rafa, lo detuvo y cargándolo se lo llevó a su cuarto, todos voltearon a verme mientras Gabriela lloraba porque su papá no podía entrar. Mandé a todos a su cuarto, y fui por las bolsas con la ropa de mi marido, abrí la puerta y lo empujé con tanta fuerza y rabia que cayó al suelo; le aventé sus bolsas encima y le dije que había un poco de ropa para su querida y unas bufandas para sus niños. Agachó la cabeza y enojado se levantó y se fue contra mí, azotó la puerta contra la pared y me lanzó al piso, mi Rafita salió del cuarto y lo empujó, Laura y Concha salieron y me ayudaron a levantar, mientras Delia se metió al baño y sacó la escoba, Beatriz salió del cuarto con su regla de metal en las manos y Leticia, la consentida de su padre, se había quedado adentro para tranquilizar a los demás y porque, al igual que mis pequeños, no podía despedirse de su papá.

Rafael intentó golpear a mi hijo mayor, cuando vi eso me despabilé, tomé de la mesa un plato que había quedado en la orilla y se lo arrojé, le pegó en el pecho, eso lo enfureció más y de nuevo me quiso atacar, pero antes de que me tocara, Delia lo golpeó con

la escoba en las piernas. Beatriz le dio en la espalda con la regla, esto hizo que él se dejara caer al suelo y mis niñas lo golpearon con furia. Entonces Laura, Concha y Rafita lo tomaron de los brazos y lo llevaron de nuevo a la puerta. Rafael, aturdido por el ataque ya no se resistió a salir, me coloqué en la puerta y le dije:

—Tú sabes lo que hiciste. Esta es mi familia y tú no vas a lastimarla, ahora lárgate con tu querida para que te cure los golpes. No te necesitamos.

Sin decir nada tomó sus cosas del suelo y me miró odiándome. Mis hijos se colocaron a mi espalda y cuando lo vimos desaparecer de las escaleras cerramos la puerta. Rafita me abrazó y me dijo:

—No se preocupe, madre, nosotros la vamos a cuidar.

Beatriz me abrazó de la cintura:

—Sí, mamá, yo voy a trabajar para ayudarte.

Laura se metió a la cocina, para servirme un vaso con agua al darme el vaso me dijo:

—Usted tranquila, siempre nos las arreglamos solos, a él ni lo veíamos.

Mis pequeños al no escuchar más escándalo salieron del cuarto gritándole a su padre, querían despedirse, darle el beso que nunca le dieron, a mí se me salieron las lágrimas y Miguel al verme me limpió la cara con las mangas de su camisa.

Evaristo y Gabriela me miraron y corrieron hacia mí para abrazarme.

Y se escuchó la voz de mi Rafita.

—Sí, mamá, usted no está sola, nosotros estamos aquí.

Esa era la familia que yo había soñado desde que mi madre había muerto, desde que mi padrastro se llevó a mis hermanos, desde que mi tía me quitó los libros, desde que dejé a Rita y se fue Doña Emilia. Esos eran los hijos que le quería presentar a mi mamá.

**UNA POÉTICA PARA UNA
AUTOBIOGRAFÍA ENTRAÑABLE**

Introducción

El presente texto es el resultado de una exploración, para descubrir dentro de mi novela, *Carmen*, la poética que me guiaba. Fue difícil tomar un camino porque yo sólo quería decir que este trabajo se inspiró en mi abuela; lo demás era ver con frialdad un texto tan entrañable.

Al principio encontré un ritmo lento en mi narración, lo que me llevó a leer a MilanKundera y su libro *La lentitud*.

En el curso-taller de Estética literaria, una de mis últimas asignaturas en la licenciatura, me enamoré de Zola, de las descripciones en su obra *La taberna*, me enamoré de la manera en que retrataba la realidad de París del siglo XIX, en una zona marginal. Aun puedo recordar el sabor de la comida de Gervasia y el olor de las calles. Identifiqué mi obra con *La taberna* por las descripciones de los espacios y el espíritu de los personajes, ahí no sólo descubrí que aún me podía gustar la literatura clásica, también se me reveló mi estilo escritural, el de crear retratos de mi realidad más cercana, por ejemplo, de mi familia y la personalidad de mi abuela. La descripción parecía convertirse en una particularidad de mi escritura, y en ese momento me pregunté: ¿pero qué de la descripción? Quizás explicar mi obra desde aquel tema, ejemplificar con obras, estilos de otros escritores y dar mis razones para la descripción, aún seguía siendo algo muy general. En las versiones anteriores de mi texto creativo, había empleado el narrador omnisciente y lo cambié al narrador protagonista, funcionaba mejor, pero ¿qué más se puede investigar de narradores que no hayamos visto en Cuento II o en Enunciación y voces del relato? Me sentí embromada, qué más investigación podía hacer de narradores si parecía que estaba todo explorado y expuesto. Entonces mi directora del trabajo recepcional, me dijo: “Mitzi, investigate las escrituras del Yo”, recordé ese tema de estética literaria, no era de mi interés, pero ya había

desechado otros tres, me dije: “muy bien, Mitzi, vamos a darle gusto a tu directora”, y fui al mejor lugar para guiarme, Google. Para delimitar el espacio de mi obra, investigué sobre la literatura intimista, su historia, sus peculiaridades y los autores representativos. Me encontré con las escrituras epistolares, que no tenían que ver con mi obra, encontré memorias y dije, es probable, después me incliné por confesiones, pero enseguida me encontré de frente con la autobiografía, que iba lenta, describiendo la vida del personaje y ahí frente a la computadora, pude encontrar mi tema, el cual tomaba la figura del narrador que había desechado, así como la descripción. Mi texto creativo tenía las características de los géneros autobiográficos, ahora el problema era que mi obra no era exactamente autobiográfica, pues no estaba contando la historia de mi vida, sino la de mi abuela utilizando un narrador en primera persona. De esta manera se lo planteé a Carmen y después de algunos segundos de reflexión dijo: “investiga todo lo que puedas de la autobiografía y ya lo resolveremos”, quizás la experiencia le dijo que en la búsqueda hallaríamos el camino y la solución a los laberintos, porque fue así que descubrí la autobiografía ficticia, esa que quitó la hierba del sendero que estaba cubierto.

En mi inspección por el ciberespacio, me encontré con diversos textos que me ayudaron a comprender un poco cada género. En esta exploración encontré un ensayo de María Verónica Serra, que exploraba el libro de Jean-Philippe Miraux, *La autobiografía. Las escrituras del yo*, un libro que ahonda en la literatura intimista, sus rasgos y su historia, pero que en especial se enfoca en la autobiografía. Así que de María Verónica Serra me fui en busca del libro de Miraux, que encontré en una librería de Coyoacán, por cierto sólo quedaban dos ejemplares. Este texto despejó dudas y creó otras, como pensar en la posibilidad de la existencia de una autobiografía ficticia, porque Miraux no trata el tema de escrituras del Yo en el terreno de la ficción, pero tampoco niega la posibilidad.

A lo largo de mi investigación, leí algunos ensayos, sinopsis o capítulos de libros, acerca de alguna teoría de las escrituras del yo en particular o en general. En esta exploración descubrí que estos géneros son creados para contar parte de la vida del escritor, pero que en ocasiones hacen uso de la ficción; así fue como para mí se abrieron las puertas para la autobiografía ficticia. De esta forma, basada en estos descubrimientos personales, empecé a estructurar y redactar los capítulos de este trabajo.

El primer capítulo explica las escrituras del yo y el segundo trata sobre la realidad y la ficción, el capítulo que me interesaba más exponer. Los argumentos aun no estaban parados en un suelo firme, por lo que seguí investigando. De esta manera me encontré con Manuel Alberca, el autor que pavimentó el rumbo por el que andábamos mi personaje y yo. Este autor describe y ejemplifica los subgéneros autobiográficos: autoficción, novela autobiográfica y autobiografía ficticia, en su texto *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Con su llegada me sentí segura sobre lo que estaba haciendo, dejé de sentirme la loca creadora de un subgénero para ubicar mi obra; ahora me sentía parte de algo.

Como mencioné antes, esta investigación está configurada por dos capítulos. El primero, que describe los géneros que abarca las escrituras del Yo, y el segundo, que explora las relaciones de realidad y ficción en la literatura intimista, especialmente en la autobiografía. El primer capítulo me costó trabajo irlo estructurando y redactando porque no me apasionaba, para mí era sólo un requisito para poder pasar al siguiente capítulo, así que la formación del primero fue muy pesado pues en muchas ocasiones fue necesario agregar algo más o cambiar alguna cosas, detalles que, a veces, me hacían desistir de concluir este trabajo recepcional y entonces me pausaba, pero cuando por fin lo terminé y llegué al segundo capítulo, me quité de los hombros todo eso que me hacía avanzar con

lentitud.

El segundo capítulo vino al mundo como el hijo planeado y deseado. En menos de un semestre ya estaba terminado, sólo tuve que poner en orden mi investigación y hacer que rimara con eso que estaba en mi cabeza. En este capítulo me sentí entusiasmada, toda novela que leí la relacioné con lo que había investigado. Me llevó a repasar el modo mediante el cual mezclamos en la vida diaria la realidad y la ficción. Comúnmente se cree que la ficción sólo la hallaremos en películas, televisión y libros, sin embargo, a diario contamos ficción, cuando queremos transmitir algún evento, información o chisme. Sobre este tema recuerdo haber charlado con Grecia, una de mis mejores amigas y compañera de la licenciatura, quien compartió conmigo sus lecturas de José Revueltas, y me dijo que este autor en la introducción de *Los muros de agua*, dijo algo acerca del proceso de creación, no recuerdo las palabras exactas, pero la idea era que escribimos sobre la realidad, pero no la realidad, porque la realidad es más cruda que la ficción, por ejemplo, a mí todos los días me sorprende que en primera plana siempre hay un homicidio. En aquel periódico amarillista que a todos les gusta hojear mientras viajan en el transporte público, no hay día que no aparezca la foto de un cadáver.

Es por esto que me interesa seguir investigando acerca de esta mezcla de un mundo real con uno de ficción. Algunos compañeros me recomendaron textos filosóficos, políticos, antropológicos y demás, que tenían que ver con la mezcla de realidad, ficción e imaginación, pero dado la amplitud del tema no pude incluir todo en mi poética. Descubrí también que toda obra literaria tiene un pedazo del autor. Aunque no sean textos autobiográficos, los escritores piden prestado rasgos de personalidad y experiencias de los abuelos, del vecino, de la pareja o de algún amigo, incluso toman de sí mismos sus manías para ser incluidas en la obra. Cada creación nos contiene como escritores.

Es así que doy paso al siguiente texto que presenta la poética de *Carmen*, en donde exploro las características generales de la autobiografía ficcional.

Las escrituras del yo

Este capítulo es un breve acercamiento a las conocidas escrituras del ‘yo’. Para iniciar, haré una definición general de estas escrituras, para después pasar a una descripción de cada uno de sus subgéneros, acompañados de ejemplos. Estos subgéneros son: las memorias, el diario, las cartas, las confesiones, los relatos de viaje y la autobiografía, en este último ahondaré más ya que es donde se ubica mi novela. Dedicaré un capítulo a la descripción y definición de la autobiografía, así como a la explicación de sus propios subgéneros que son: autobiografía ficticia, novela autobiográfica y autoficción. Asimismo explicaré la inserción de mi obra en alguno de estos subgéneros. Y para terminar este primer capítulo, presentaré una sinopsis de mi obra.

¿Escrituras del yo?

La literatura intimista toma al yo como sujeto de análisis en donde se introduce, especula e investiga para descifrar el enigma que le rodea; sin embargo, como plantea Jean Philippe Miraux, no toda escritura que traza al yo como protagonista es autobiográfica. En la Edad Media se identifica el inicio de este tipo de escritura con crónicas, memorias, confesiones, diarios, relatos de viaje y de vida; con excepción de la literatura picaresca española, la realidad del ‘yo’, según Salvador Echavarría, se expresó en memorias, cartas y relatos de viaje. La escritura autobiográfica existe desde la antigüedad (memorias y confesiones), Maria Mercedes Borkoski señala estas escrituras en la novela picaresca porque:

[...] es con este género que la literatura se apropia del formato autobiográfico, que existe desde la antigüedad en la esfera de la producción escrituraria histórica y religiosa como memorias, recuerdos, confesiones. El yo picaresco es un sujeto que

se analiza y expone su vida como el resultado de sus experiencias: aquí es donde se produce el mayor punto de coincidencia con la posición del autobiógrafo.” (2).

Sin embargo la palabra autobiografía surgió alrededor de 1800:

[...] parece haber sido forjada primero sobre su forma inglesa *autobiography*[...] se le atribuye su primera aparición impresa al poeta inglés Robert Southey en un artículo fechado en 1809, pero G. Gusdorf lo remonta a 1789 bajo la pluma de Friedrich Schlegel y, [...] bajo su forma alemana *Autobiographie*. [...] parece probado que el género se expandió alrededor de 1800 entre las principales lenguas europeas [...]. (May, 21)

La conquista de la literatura intimista, que es según Echavarría, textos escritos a partir de un personaje narrador, en donde este da cuenta de su intimidad sentimental, se debió a las ya mencionadas confesiones y memorias, las cuales empezaron a proliferar en el siglo XVI, y a la literatura epistolar. El estilo intimista acerca a la literaria con la realidad vivida por el individuo. La escritura autobiográfica es un testimonio tanto del individuo como de su época, de su forma de vida, el protagonista se convierte, de cierta forma, en objeto de ejemplaridad por describir su vida, no como un sujeto a seguir, sino como un objeto de análisis de su época.

Los géneros del ‘yo’ son cuestionables por la reconstrucción de la realidad en su relato, tienen su parámetro de duda, ya que son una representación de los verdaderos hechos, por lo cual podemos decir que no todo lo escrito sucedió de la misma forma en que es narrado y aunque en su mayoría se basan en seres que existieron, la escritura no es fiel a los hechos acontecidos, ya que:

La obra de arte autobiográfica muy a menudo es una manifestación de ausencias: el pacto autobiográfico incluye esa representación elíptica que lleva en sí la necesidad de lo

no dicho, la absoluta exigencia de los silencios. Muy a menudo es el dominio de las sombras, de los fantasmas. [...] Entonces la escritura ya no es más que presencia de simulacros y el pacto no es el de la mentira, sino el de la imposibilidad de escribir con referencia al acontecimiento. (Miraux, 70)

Estos escritos son un género más en la literatura en donde muchas veces autor, narrador y personaje son la misma persona, el primero reconstruyendo su vida a través de los otros dos.

Entonces, podemos decir que estos géneros del ‘yo’ tomaron fuerza a partir del siglo XVI, a pesar de haber surgido tiempo atrás y son una reconstrucción de la realidad, que utilizan la voz en primera persona.

Variedades del yo

Diario

El diario es, se puede decir, un subgénero de la autobiografía. Son textos escritos íntimamente que de principio no están destinados a la publicación.. La voz del narrador es en primera persona y contiene la fecha en que es escrito. En lo escrito se relatan hechos relevantes del día a día del autor, “[...] enlaza las variables del tiempo, evitando así los peligros del olvido y los riesgos de la inexactitud. El diario enlaza el hilo de la existencia; no recompone el curso de una vida [...] es el paciente y meticoloso inventario de una vida día a día” (Miraux, 16). En él se escriben meditaciones y acontecimientos recientes, se recapitula la jornada y se le da prioridad a algunos hechos que el autor considera importantes. Como ejemplos de diarios en la literatura encontramos los escritos por Anaïs Nin, formados por siete libros que describen la vida de la autora, desde 1931 a 1974. Entre las cosas que se pueden destacar en estas obras, es el triángulo amoroso que existía entre

Henry Miller, su esposa June y Anaïs Nin. Cada diario abarca entre dos y tres años de la vida de la escritora.

Otro ejemplo es el conocido *Diario de Ana Frank*, este lo escribió la autora a los trece años, entre el 12 de junio de 1942 al 1 de agosto de 1944. Relata la vida de su familia y su comunidad judía durante el régimen nazi, hasta que unos vecinos, de nombre desconocido, delatan a los refugiados y son atrapados.

Es importante hacer ver que el detalle de eventos y meditaciones no sucede de la misma forma en la autobiografía, la cual se construye de recuerdos y no del presente escritural del autor.

Confesiones

La confesión es un subgénero de las escrituras del yo, escrito en primera persona. En ella se declaran sucesos acontecidos en la vida del autor, secretos no revelados y reflexiones sobre algunos hechos. Según la Real Academia Española, una confesión es la declaración que realiza una persona.

En las confesiones, el autor puede explorarse desde diversas perspectivas como la filosófica o la religiosa, entre otras, y alcanzar mayor profundidad, además de nivel artístico cuando hay expresividad y técnicas literarias como ocurre con Rousseau, quien “entró en la intimidad de la Naturaleza, se refugió en su regazo y las páginas más puras, más serenas e imperecederas de su obra son paisajes, no puras descripciones, sino paisajes de alma, semblanzas de sentimientos” (Echavarría 52); o San Agustín, que escribe de manera religiosa y filosófica, “escudriña su pasado, remueve su vida, suplica a su destinatario, acumula meditaciones, interroga al alma, interpela a Dios. Al hacerlo confiesa sus pecados, lo inquietan los deseos carnales, cuenta su vida” (Miraux 26).

No debemos olvidar que las confesiones, como Miraux menciona, no funda el género autobiográfico, pero si ayuda a abrirle las puertas.

Cartas

La *carta* es un género de las escrituras del 'yo', las cartas que forman parte de este género son las que se escriben para tratar temas personales. Estas contienen el nombre del remitente y el destinatario, fecha y lugar. Usualmente se inicia la carta con un saludo y se despliega el tema que se interesa compartir, al final la carta se cierra con una despedida. Las epístolas suelen ser cortas. La carta personal; se le escribe a un ser querido o a una persona de confianza y, por tal razón, en la carta no es difícil revelar secretos.

Las epístolas pueden expresar diversos sentimientos como es el caso de *Carta al padre* de Franz Kafka, en la cual éste le escribe a su padre reprochándole la educación que le dio y exhibe cómo esta relación le afectó al desarrollo de su vida. Otro ejemplo, son las cartas de Flaubert y de Madame George Sand. En estas cartas podemos encontrar referencias literarias, revelaciones sobre el proceso de creación de algunas obras de estos novelistas, "Los enemigos siempre son mejor servidos que los amigos. Y además cuando una rana empieza a croar, todas las demás se añaden. Se trata con algún respeto a quien salta sobre los hombros de la estatua. Tú asumes los ataques con un talante que nunca cede a la trifulca, y muchos no lo comprenden" (Sand, 116). En sus cartas también compartían los avances de sus escritos literarios, sus sentimientos y preferencias acerca de la vida. En estas epístolas, podemos notar la afinidad de los personajes ya que no sólo coincidían en la literatura sino también en sus críticas a la época, al clero, las multitudes, la democracia y la burguesía.

Las epístolas más íntimas buscan contar un hecho, revelar un secreto o escribirle a un ser amado. No pretenden ser bellas, sino transmitir un momento, por ejemplo del texto

de Sand, “Yo estoy contenta de estar aquí, en medio de mis amores de familia” (120). Así mismo, este género hizo posible que la intimidad formara parte de la ficción, ya que incluso “[...] de la correspondencia real surge la correspondencia ficticia, las novelas en forma de cartas, iniciadas en Inglaterra por Richardson y que tanta boga tuvieron de la Revolución Francesa.” (Echavarría 36). Un ejemplo de lo anterior es la novela *La nueva Eloísa*, de Rousseau. Los personajes son Julia d’ Etanges y Saint-Preux, estos en la novela mantienen una relación amorosa que se da a partir de su trato como maestro y alumna, pero su situación social los obliga a ocultar su romance. Él, Saint Preux, viaja a París y Londres desde donde le envía cartas a su amada.

Otro ejemplo de epístolas ficticias son *Las relaciones peligrosas*, de Pierre Choderlos de Laclos publicada en 1782. Esta novela trata de dos nobles, la Marquesa de Merteuil y el Vizconde de Valmont, quienes mediante su correspondencia, presumen sus aventuras de carácter sexual. La Marquesa reta al Vizconde a conquistar a la Presidenta de Tourvel, cuyo prestigio y honorabilidad cristianos son reconocidos, de lograrlo Valmont la propia Marquesa se entregará al seductor. Es así como a través de las cartas ambos se mantienen informados de los avances y tropiezos del desafío. Estas son algunos ejemplos de las novelas epistolares con más fama.

Al pasar de los años y a pesar de la adhesión de las escrituras del ‘yo’ a lo que llamamos ficción se puede notar que la carta no ha cambiado su formato, el cual contiene la fecha, el remitente y destinatario.

Memorias

Las memorias son un género de las escrituras del yo, su narrador está en primera persona, el escritor puede ser el protagonista del relato o sólo un testigo. Es un relato parcial,

usualmente se escribe en la longevidad del autor o cuando este llega al final de su carrera, son escritas por alguien que desarrolló un papel importante en la historia. Se seleccionan los acontecimientos más relevantes según el contexto del escritor, ya que como nos dice Jean Philippe Miraux “En las memorias, [...] la historia no se centra en la historia personal del escritor, y el narrador se presenta más bien como un relator, como un cronista y no como personaje central” (Miraux, 17). El narrador se encuentra en medio de la historia y tiene acceso a datos y hechos importantes para una mejor perspectiva histórica. Es un punto de vista interno de acontecimientos que muchos percibieron desde afuera.

Este género exige un trabajo más amplio, comparado con las diferentes escrituras del ‘yo’, pues requiere más tiempo para recapitular los hechos importantes de la época del autor. Este tipo de escritura puede considerarse en ocasiones un testimonio histórico, como los escritos de Winston Churchill, quien en la Gran Guerra era parte del gobierno y en la Segunda Guerra Mundial fue Primer Ministro. Sus memorias son: *The World Crisis* (seis volúmenes, 1923-1931); *The Second World War* (seis volúmenes, 1948-1953); y, por último, *History of the English-Speaking People* (cuatro volúmenes, 1956-1958). Churchill es uno de los pocos hombres que presenciaron estas guerras desde la perspectiva de los altos mandos.

A pesar de lo anterior no debemos olvidar que es una escritura del yo, por lo cual contiene también algunas intimidades del autor, reflexiones y relatos personales, que pueden considerarse fuera del ojo público, esto es algo que muchos escritores consideran una ventaja sobre los escritos históricos:

Las memorias se acercan a la historia, aunque su dominio es menos restringido, sus leyes menos estrictas. Toda una región de las memorias escapa a cualquier posibilidad de comprobación: es la que pertenece a las vivencias personales del

autor. Precisamente la exploración de esa zona fue la que abrió paso a la novela realista (Echavarría 36).

En este género también existen las memorias ficticias, o en su caso, las novelas que utilizan la estructura de las memorias. Una novela ficcional con esta estructura es *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, en donde se da cuenta de la vida del emperador Adriano. La autora realizó una investigación sobre la vida del emperador, de su gestión pública, se encontró con documentos que comprueban tal que hacer de estadista del emperador, pero hay momentos en la obra de Yourcenar en que Adriano habla de sus sentimientos más íntimos, para explorarlos la autora tuvo que aventurarse a la invención, una invención derivada de su investigación. La novela inicia como una carta dirigida a su sucesor, Marco Aurelio. En ésta el emperador va escribiendo y reflexionando sobre su periodo, las guerras y el amor por su amante Antínoo y el dolor que la muerte de su amado le causa. El personaje también aprovecha para hablar de las artes y algunos acontecimientos más que lo rodean.

Yourcenar logra así, crear memorias ficticias.

Relato de viaje

El *relato de viaje*, es un género de las escrituras del yo, que según nos dice Borkoski: “[...] presenta un alto grado de estabilidad en cuanto a sus motivos y rasgos estructurales: motivación del viaje, el recorrido, los medios de transporte, la descripción de la geografía, la puntualización del tiempo, la representación del Otro, el sentimiento de la alteridad” (Borkoski, 10).

Un ejemplo de los relatos de viaje son las *Cartas de relación* de Hernán Cortés las cuales se dirigían a Carlos V. Cortés relata su llegada a Tenochtitlan y demás hechos

desarrollados en la conquista del territorio un ejemplo de este texto es:

[...]porque he deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas de esta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo Emperador de ella y con título y no menos mérito que el de Alemaña que por la gracia de Dios Vuestra Sacra Majestad posee. Y porque querer de todas las cosas de estas partes y nuevos reinos de Vuestra Alteza decir todas las particularidades y cosas que en ellas hay y decirse debían sería casi proceder a infinito (Cortés, 2).

Algunos relatos de viaje, como las mencionadas cartas del conquistador español son testimonios esenciales de la historia.

Otro ejemplo es el texto de Stefan Zweig, acerca de su viaje a Rusia en 1928, viaje que realizó como representante de los escritores austriacos para el festejo del centenario del nacimiento de León Tolstoi. Relata cómo viven los habitantes de este país, adaptándose al bolchevismo, campesinos igual que los intelectuales, en casas que contenían lo mínimo para vivir, “[...] una pequeña habitación sin cocina que servía, por tanto, de despacho comedor, dormitorio y sala de estar, y en la que se alojaban cuatro personas” (Zweig, 33). Así el autor describe una de las viviendas que visitó. El autor describe su encuentro con algunos intelectuales y artistas de la época, entre ellos Maximo Gorki, “[...] cuando menos lo esperaba, se me comunicó que Gorki estaba en Moscú y dispuesto a recibirme.” (35). En este viaje, el autor queda sorprendido por la manera en que vivían en Rusia.

Entonces podemos decir que los relatos de viaje exploran, tierras y sociedades desde el punto de vista del autor y en ocasiones, estos narradores hacen un juicio o reflexión sobre los lugares visitados.

Salvador Echevarría, en su libro *La novela como exploración de la conciencia*, afirma que “[...] la intimidad revelada en la memorias, diarios, cartas (formas que ha

adoptado la novela del XVII y el XVIII) rompe con la realidad novelesca heredada de las novelas de caballería y pastoriles, acercando la narración a su fidelidad mimética de la vida real.” (Echeverría, 8) De esta manera, se puede decir que estas escrituras del yo, pueden complementarse con invención para llenar algunos huecos en la línea del relato, logrando prestar su estructura a textos ficticios, o sea personajes o historias no reales.

Peculiaridades autobiográficas

La autobiografía es una escritura del yo la cual Philippe Lejeune define como un “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad.” (Lejeune 50). La característica principal de la autobiografía es el sujeto como eje central de la historia, cuando el autor, el narrador y el protagonista se identifican como uno mismo y cuenta su propia historia. En la antigüedad no se podía definir la existencia de este género, ya que la idea de individuo aún no adquiría mayor valor sobre la idea de comunidad. Conforme a diversos autores, la autobiografía expone la individualidad como parte de la transformación de la sociedad, muestra el ingreso de las ideas burguesas. Es a partir del progreso de las ciudades, después del siglo XIV, que se desarrolló la narración autobiográfica exponiendo el individualismo.

Los textos autobiográficos tienen su origen en el Renacimiento Occidental. Francisco Rodríguez en su ensayo “El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial” especifica que en dicha época crece el interés hacia la figura humana. Este nacimiento coincide con el hecho de que la burguesía toma fuerza. El género autobiográfico revaloriza la idea de lo individual, hecho determinante en la historia. En el siglo XVIII ya se había convertido en literatura de adoración, esto quiere decir un género que se dedicaba a

admirar al individuo. Las escrituras del yo se narran en primera persona, esta voz se usa con frecuencia en los relatos, en novelas en las que el autor busca inspeccionarse con la máscara de personaje, se introduce en el ser y analiza su psique. El uso de esta persona gramatical está relacionada con variadas corrientes estéticas, entre ellas el Romanticismo.

La autobiografía es un género que marca la transformación del ser, que pasa de comunidad a individuo, esto es que empieza a darle prioridad a su beneficio personal, más que al trabajo en comunidad.

En resumen podemos decir que el arte es también producto del cambio en las estructuras sociales. Los géneros y corrientes surgen según las necesidades de su contexto.

Características formales de la autobiografía

Los detalles de la autobiografía son muy importantes ya que con estos se construye su singularidad. Esta escritura crea una identidad entre autor, narrador y protagonista. Trata de contar su vida, buscando como fue forjando su personalidad.

En la autobiografía la identidad se construye a partir del autor, el personaje y el narrador. El narrador y el personaje principal son los sujetos de la enunciación y el enunciado. La autobiografía es como un círculo infinito, pues quien enuncia es también quien es enunciado.

La autobiografía es un retrato físico y moral, que va construyendo al personaje. Una de las denominaciones de la retórica, para describir este retrato, es la prosopografía la cual es, según Helena Beristáin (136), el aspecto exterior, de una persona o personaje y Jean-Philippe Miraux (50), explica que es la descripción física, la cual da información detallada del aspecto del personaje. Esta descripción debe formar la imagen sin sentirse falsa o forzada La prosopografía viene acompañando a la etopeya, la cual habla de la interioridad del personaje narrador. Este último concepto, la etopeya, juega un papel de mayor

relevancia en la autobiografía pues como dice Miraux, “Resulta fácil entender que el relato retrospectivo de una vida propone más una larga etopeya (un retrato moral desplegado a lo largo del relato autobiográfico) que una prosopografía. Digamos que si bien el retrato moral es casi continuo, el retrato físico es puntual” (49). El autor de la autobiografía busca en su escrito lo que ha formado su personalidad, en el recuerda eventos, personas, lecturas y demás, que han formado su retrato moral que puede a lo largo de su vida ir transformándose.

El narrador en la autobiografía es en primera persona. El escritor busca comunicarse a través de estos escritos, decide usar esta voz por el hecho de referirse a sí mismo. El texto describe su vida, y algunos huecos en sus recuerdos son llenados con inventiva, conectores de una vivencia a otra, ya que la memoria no guarda cada detalle de lo que se ha vivido o los lugares en que se ha estado. La autobiografía es una creación artística y deben cuidarse los pormenores que pueden ser parte de su etopeya.

En resumen en la autobiografía la identidad del autor, narrador y protagonista es la misma. Y que está formada por la prosopografía, retrato físico; y la etopeya, el retrato moral.

Autobiografía: características de contenido

Después de ahondar un poco en la conformación de la autobiografía pasemos al contenido de ésta. Miraux cita a Jean Starobinski quien dice que la autobiografía “se trata ‘de la biografía de una persona hecha por ella misma’ ” (18), ya que biografía y autobiografía relatan la vida de un personaje, pero su diferencia esencial es el narrador que utilizan. Mijail Bajtín nos dice, “Por biografía o autobiografía entendemos la forma transgrediente más elemental mediante la cual yo puedo objetivar mi vida artísticamente” (131). En la autobiografía, el autor coincide con el héroe de la historia. La autobiografía es como un

documento de recuerdos y se le da un orden estético para darle mayor claridad al caos que existe en una cabeza, sin embargo, como dice Leujene, no es un producto hecho, pensado, para el consumo estético en primera instancia; lo que busca transmitir son ideas entre individuos y muchas veces reflexiones de características éticas y afectivas que el autor ha hecho en su existencia. El autor-narrador-protagonista se desprende de su intimidad y transmite sus vivencias. Por ejemplo, Paul Auster en, *Diario de invierno*, el autor hace un recuento de vida, las diferentes casas que habitó, los accidentes que sufrió, la evolución de sus deseos sexuales y los inviernos que van conectando distintos eventos de su existencia: El inventario de tus cicatrices [...]. Rara vez piensas en ellas, pero cuando lo haces, entiendes que son marcas que deja la vida, que el surtido de líneas irregulares grabadas en la piel de tu rostro son letras del alfabeto secreto que narra la historia de quien eres, porque cada cicatriz es la huella de una herida curada, y cada herida era resultado de una inesperada colisión con el mundo. (Auster 9)

La obra autobiográfica toma hechos que le sucedieron previamente al autor, su escritura no es del presente, ni del pasado más cercano, como en los diarios, sino que selecciona los hechos que le parecen significativos, “el proyecto autobiográfico [...] trata de circunscribir [...] los contornos siempre imprecisos de una esencia que sigue existiendo” (Miraux 15). La autobiografía pone una pausa sobre las imágenes o situaciones para decidir si cuentan con la importancia suficiente para ser escritas. El escritor, debe seleccionar sus recuerdos, reconstruir en la escritura su vida, recapitula, analiza y selecciona. Convierte una vida en literatura y es que, “La escritura autobiográfica es una inmersión introspectiva: relaciona el interior perturbado y el exterior escritural” (39); y de esta manera se va encontrando con lo que ha formado su personalidad a lo largo de los años.

En el recorrido se examina, se redescubre y/o se reconstruye. La autobiografía

puede ser considerada el testimonio de determinada época o ser simplemente el testimonio de su vida

Resumiendo, la autobiografía es un trabajo de autoconciencia, un examen de sí, en donde se cuentan hechos del pasado significativo para el autor. Estos hechos pueden ser parte de la relación del interior del personaje y sus circunstancias, una manera de entender al ser y su relación con el mundo; es, como otras escrituras, un testimonio de su época; sin embargo, forma, sobre todo, un testimonio sobre la propia vida.

Autoficción

Se puede decir que la autoficción es un subgénero de la autobiografía. Dicho subgénero se desarrolla con las características de la autobiografía, pero, como dice Marie Darrieussecq, se inclina más del lado de la ficción “porque no se trata [...] de escribir una vida [...] sino pura y llanamente de “ficcionalizar” una vida [...] de inventarse una autobiografía por entero” (Darrieussecq, 66). Este subgénero permite inventar una vida y el texto tiene la estructura autobiográfica.

La característica principal de la autoficción es —como dicen S. Doubrovsky, Lacarme y Vincent Colonna en el texto de Manuel Alberca— que el personaje principal lleva el nombre del autor, o sea que la vida inventada es la del propio escritor, quien en la autoficción se le permite ser otro, pero con el mismo nombre. Para ayudar a entender la autoficción Alberca cita a Colonna y nos dice que “una autoficción es una obra literaria por la cual un escritor se inventa una personalidad y una existencia, conservando su identidad real (su nombre verdadero)” (151). Colonna, resume Alberca, nos propone tres funciones de la autoficción, la primera es la ‘referencial biográfica’ la que se apega más a las exigencias autobiográficas; la segunda es ‘reflexivo-especular’ que suele tener tono

humorístico y por último, la ‘figurativa’ en donde “el escritor, como centro o héroe de la historia, transfigura su existencia real en una vida irreal, indiferente a la verosimilitud autobiográfica” (152).

Para resumir, la autoficción es un subgénero autobiográfico que le permite al escritor inventarse una vida nueva porque, “Nada prohíbe — ¿qué ley literaria?— inventarse una vida apoyándose en los códigos autobiográficos. Es entonces cuando la autoficción se hace vertiginosa: la identidad, última muralla de lo real, último ‘criterio legal’ del pacto autobiográfico, se convierte en ficción” (154).

Según Alberca, la autoficción logró hacerse un lugar para ser considerada dentro de la literatura, ejemplo de este subgénero es *La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa y el cuento de Borges “El Aleph”.

De este modo, recordemos que la autoficción es una realidad que el escritor creó para un personaje que lleva su nombre y no plasmó simplemente su vida, ficcionalizó una vida nueva.

Novela autobiográfica

En las novelas autobiográficas no hay una determinada voz narrativa, pues es probable que sean escrituras en primera o en tercera persona, es decir, empleando un narrador protagonista o un narrador omnisciente.

Este tipo de novela se conforma de realidad e invención, según Alberca en este subgénero el autor se permite incluir anécdotas de su vida, pero sin delatar en el texto que son vivencias del autor, sin embargo, el mismo Alberca, en su texto *La novela*

autobiográfica. Clases de novelas del Yo, dice: “la novela autobiográfica ha sido descalificada por exhibicionista, y considerada como el resultado de un acto de vanidad de sus autores, que desde este punto de vista incurrían en la ostentación ensoberbecida y orgullosa del propio yo” (103).

La mezcla de realidad y ficción permite al autor compartir sus vivencias más vergonzosas, presentadas a lo largo de la obra, mezcladas o alternadas con elementos de su invención. En este género autor y personaje no comparten el mismo nombre, pero sí, en algún momento, las anécdotas. Este subgénero del yo es:

Un relato que se presenta con un protocolo genérico propio del pacto de ficción, según el cual el autor no puede ser identificado ni con el narrador ni con el protagonista ni con los personajes de la historia. Es decir, existe entre éstos un distanciamiento formal pragmático, ratificado por la disociación nominal (Alberca 111).

Sin embargo, el narrador no niega explícitamente en el texto ser el propio autor, manteniendo su identidad como anónima, lo que le da al lector la opción de interpretarlo como el autor.

En resumen, la novela autobiográfica sigue el pacto novelesco, pero construida con elementos provenientes de la realidad, donde el autor comparte sus anécdotas a través del narrador y los personajes de la obra, sin embargo no da pista para diferenciar entre las anécdotas reales o las inventadas, dicha diferencia sólo puede ser notada por quien conozca fielmente la vida del autor.

Ejemplo de este subgénero es: *El cuerpo en que nací*, de Guadalupe Nettel. En este texto la autora nos narra la historia de su infancia, sus encuentros y desencuentros con su

madre y abuela, así como sus viajes entre Francia y México, en busca de su identidad, rebelándose así a su propia madre. *Tela de sevoya*, de Miriam Moscona, la protagonista viaja a Bulgaria en busca de la casa de sus padres, de su historia y de la lengua familiar, el ladino.

Autobiografía ficcional o ficticia

La autobiografía ficcional, también conocida como ficticia, imita las características de la autobiografía común, con la diferencia de que el personaje que relata su historia, es falso. El deber del escritor es hacer pasar por verdadera la vida de este personaje ficticio. Manuel Alberca agrega la característica de que el escritor crea la ilusión de que “el apócrifo autor del relato (su narrador-protagonista) es su verdadero autor y el que firma en la portada, un simple mediador o editor, cuya autoría quedará en entre dicho en la presentación o prólogo” (Alberca 93).

Las bases de este tipo de obras son un narrador protagonista, cuenta la historia de su vida. Algunas veces el escritor utiliza datos de su propia vida, los cuales sólo pueden ser reconocidos por quienes conozcan los antecedentes de dicho escritor. Estas obras cuentan, de manera autobiográfica y retrospectiva, la vida inventada del personaje ficticio. La distancia entre personaje y autor permite mantener la ilusión de una autobiografía ficcional. Este tipo de autobiografía también puede contar la vida de personajes históricos, ya que: “No se trata de un texto histórico ni biográfico, sino de la invención de la vida privada e íntima del personaje, justamente de la que menos noticias documentales se dispone y cuya introspección sólo es posible en el espacio inventivo de la novela” (95), por ejemplo

Memorias de Adriano, de Margueritte Yourcenar. La literatura tiene ventaja sobre los historiadores y biógrafos, pues la invención permite ahondar en espacios a los cuales la historia no tiene acceso.

En resumen, la autobiografía ficcional imita las características de la autobiografía común, construye un mundo para un personaje imaginario.

Carmen a la brevedad

En el fragmento de novela que presento, la protagonista, relata la historia de su vida, mediante un ejercicio de la memoria, así, el lector sabe que la madre de este personaje fue una maestra rural que muere cuando su hija tiene apenas nueve años, dejándola bajo el cuidado de su abuela Esperanza. Algunos años después, Esperanza muere, dejando a Carmen con su tía Isabel y sus primas, con quienes mantenía una mala relación. Al cumplir 16 años, la protagonista decide escapar de su casa y se encuentra un empleo en Tacuba, como empleada doméstica bajo los cuidados de la señora Emilia, quien le enseña a caminar con tacones y le regala ropa, zapatos y libros. Gracias al trabajo que obtiene, la protagonista conoce a Rafael, un muchacho joven que atiende la panadería “La estrella”, lugar en donde estos dos jóvenes se conocen. Después de meses de salir y platicar formalizan su noviazgo. Esta relación continúa así hasta que doña Emilia le anuncia a Carmen que debe partir a Estados Unidos, por lo cual la empleada debe buscar un nuevo trabajo y un nuevo hogar. Por dicho motivo, Rafael le propone matrimonio a Carmen, quien acepta. Emilia parte a Estados Unidos y Carmen se muda con su esposo al barrio de Santa María Nonoalco en la delegación Álvaro Obregón. Al llegar a su nuevo hogar, decide salir a explorar el rumbo para conocer las calles cercanas a su casa. Con el tiempo, Carmen abraza ese barrio como

su vivienda permanente y experimenta con diversos empleos hasta encontrarse con la “Tintorería Francesa”, donde trabaja varios años.

En sus primeros meses en la tintorería, Carmen se embaraza y nace Concha, su primera hija. Con el tiempo su familia crece y consiguen un nuevo departamento por el mismo barrio. Carmen y Rafael tienen once hijos más.

Mediante elipsis¹, la protagonista presenta a sus hijos, contando las tareas que les asigna para poder mantener limpia la casa, sin descuidar sus deberes escolares, tal como su abuela la había educado. Y cuando Carmen cree que ha cumplido su sueño de crear una familia, se entera que su marido Rafael le ha sido infiel por un largo tiempo, con una mujer que vive en el mismo barrio y con quien tiene dos hijos. La protagonista lo corre de casa y sus hijos, sin preguntar, la apoyan.

Carmen encuentra su sitio

Esta soy yo, por sus características, puede insertarse en el subgénero *autobiografía ficcional*, ya que, como dice Manuel Alberca, este género imita las características de la autobiografía común, dado que su narrador está en primera persona, cuenta de manera retrospectiva la vida del personaje, y el autor así como el personaje no coinciden nominal ni anecdóticamente. Sin embargo, *Esta soy yo*, al mismo tiempo, posee una importante característica de la novela autobiográfica: la mezcla de realidad y ficción, pues aunque en esta obra no combino anécdotas de mi vida, sí uso algunas que vivió mi abuela y otras las invente; he tomado anécdotas de su vida; pero, a pesar de esto, el personaje se fue ficcionalizando, no sólo por su inserción en la literatura, sino también porque mi abuela es una persona reservada y no relató fiel y puntualmente su historia, por lo cual tuve que

¹ Elipsis: Omisión de acciones cuya ocurrencia es inferible a partir del contexto. (Beristain 52).

inventar datos y situaciones importantes, pues las narraciones que ella relataba solían ser superficiales. Por ejemplo mi abuela no me contó a detalle cómo conoció a su esposo y las salidas que tuvieron por la ciudad. De tal manera, la inventiva le dio al personaje fue una personalidad narrativa, y así se fue adueñando de la historia, que en principio pretendía ser fiel a los relatos de mi abuela, pero mis circunstancias de autora me orillaron a volcarme a la ficción.

Por lo cual, *Esta soy yo*, ha sido inspirada por mi abuela y construida por la ficción. De tal modo que la obra puede inscribirse en el subgénero de *autobiografía ficcional* y, al mismo tiempo comparte rasgos con el subgénero de la *novela autobiográfica* por su mezcla de realidad y ficción.

Para concluir puedo decir que las escrituras del yo se originan cuando el ser humano se reconoce como individuo y no sólo como parte de una comunidad. Dichas escrituras cuentan con los siguientes subgéneros: memorias, cartas, confesiones, relatos de viaje y autobiografía. La autobiografía, a su vez, cuenta con tres subgéneros que son autoficción, novela autobiográfica y autobiografía ficticia. Mi obra se reconoce en estos dos últimos subgéneros porque recupera vivencias reales, pero en su mayoría se forma de ficción como en la autobiografía ficticia.

Carmen: una cara real y otra de ficción

En este capítulo me centraré en la mezcla de realidad y ficción en la autobiografía. En primer término reflexionaré entorno a los motivos que llevan a un escritor a reconstruir su vida en obra literaria. El subapartado que se ocupará del tema anterior lo he titulado *Recuerdo que a veces imagino*. En *Selección de recuerdos*, expongo cómo el escritor elige y enlaza recuerdos para plasmar su vida. En la *Reconstrucción de la memoria*, hablo de cómo se van ordenando los recuerdos para dar sentido a una vida que no estaba destinada a ser escrita, para esto la verdad se va apoyando de la ficción, para borrar lo episódico y darle paso a una narración más continua. Después presentaré la manera en que la narración se va formando a partir de una búsqueda del Yo olvidado y nostálgico, que explora el punto que detona la personalidad y vida del personaje en: *Sucesos de la vida a partir de vestigios*. Por último, *Realidad de una vida como un acto de imaginación*, explica los motivos de la existencia de la autobiografía, así como los motivos de mi obra creativa y cómo ésta se formó de realidad y ficción creando así una identidad de reemplazo. Al final de este segundo capítulo presentaré una breve conclusión.

Recuerdo que a veces imagino

Realidad

Como dije antes, mi texto creativo oscila entre el género de autobiografía ficticia y novela autobiográfica. Si se toma en consideración que, según Miraux, la escritura autobiográfica tiende a reconstruir la unidad de una vida, o un fragmento de ésta, a partir de innumerables hechos triviales. Por ejemplo, en mi obra, escribí algunas vivencias de Carmen con su madre Elia, sus visitas a diferentes comunidades, el olor de la comida o los paisajes que ahí percibía. Su madre muere cuando Carmen es una niña, me pareció importante recuperar la

esencia y las emociones de la protagonista cuando su madre vivía. A lo largo del texto se van mencionando recuerdos que ella tiene de su madre a partir de distintos acontecimientos, colores u olores.

Por razones similares, la relación que mi abuela tuvo con su tía Isabel permitía ser contada en un solo capítulo, ya que eran hechos repetitivos: incontables encuentros y malos tratos que vivía a lado de su tía y sus primas. Sin embargo, era de vital importancia que dicha relación fuera expresada, ya que es uno de los detonantes para que ella se convirtiera en la mujer dura y distante que fue, pues a partir de esta relación, ella empieza a tomar distancia emocional y precauciones en cuanto a su trato con los demás.

Así, como dice Miraux, la obra va reconstruyendo una vida, ya que ésta no fue vivida para ser escrita, sino que es escrita porque fue vivida, por lo menos algunos fragmentos, “[...] una vida que inicialmente no estaba destinada a ser fundida en el molde de la escritura” (Miraux 37)

El género autobiográfico, va tomando lo que el autor considera que lo ha formado como personaje de su historia o el personaje que ha erigido para crearle una autobiografía (aunque sea ficticia), ya que “exponer cada uno de los actos importantes de la vida ante el tribunal de una conciencia le permite comprenderse mejor” (39). Es decir, el escritor que se plantea el proyecto autobiográfico está dispuesto a enfrentarse a sí mismo, y a aquellos que se disponen a interpretar sus vivencias y los acontecimientos que se cuentan en su obra. En mi obra, al configurar la autobiografía basada en la vida de mi abuela, me enfrenté a mis prejuicios acerca del sexo, a mis limitaciones en cuanto a la información; asimismo, cuando mi familia (tío, tías, primos, primas, hermanos y hermanas) leyó el texto, asumí sus protestas, enojos, así como las dudas y tristezas que les surgían, aunque mi obra no era un retrato fiel de los hechos que acontecieron en la vida de mi abuela. Tuve que enfrentarme a

la realidad de que era imposible reescribir la vida de mi abuela, pero podía hacer un retrato, un homenaje. Esto lo logré viendo a mi abuela desde fuera, acercándome a sus secretos y así poder presentar a la Carmen que yo imaginaba en su intimidad, “no tal como fue, o tal como es” (Rodríguez 15), sino como imaginé que podría ser. “Se trata de una recomposición realizada del destino personal” (15). Las anécdotas no pueden ser transmitidas tal como sucedieron en el instante que ocurrieron, o sea que la reconstrucción de una vida se da desde el momento en que se quiere transmitir algún acontecimiento ya sea por la palabra hablada o escrita, ya sea un minuto después del acontecimiento o un año después de los hechos. Por esta razón el transmisor se apoya en la invención, para conectar un recuerdo con el otro, para reconstruir la vida y contarla.

A pesar de lo anterior, Lejeune afirma el compromiso del autobiógrafo con la verdad del relato y sobre todo con “el pacto que el sujeto de la enunciación sella con el lector y con la situación social, con el cual legitima la veracidad de su relato” (Borkoski 7). Es decir, dado que la obra autobiográfica se sitúa en una realidad que existió en determinado tiempo y espacio, es de suma importancia que su narración pueda ser comprobada mediante los lugares que describe, o la época a la que hace referencia. Aun cuando mi texto no es una autobiografía real, sino una autobiografía ficticia, hago referencia a la época por medio de la vestimenta, como cuando Carmen y Rafael caminan por Bellas Artes y observan los trajes sastre de las señoras que andan por ahí y los guantes de algunas de ellas. Así mismo hice una pequeña descripción de Santa María Nonoalco, en la delegación Álvaro Obregón, lugar a donde Carmen y Rafael se mudaron después de casarse, y donde continuaron viviendo cuando tienen a su familia. Para describir la ropa, busqué información e imágenes en internet y preguntándole a mis abuelas. La descripción de Nonoalco, respecto a esa época, la obtuve por mi abuela paterna, quien vivió más tiempo

en aquella zona, incluso antes de que Carmen llegara a establecerse ahí. Esta clase de datos ayudaron a mi novela a caracterizarse como autobiográfica y a cumplir parcialmente con el pacto de veracidad.

Este tipo de referencia ayuda a mantener la obra en ámbito autobiográfico. Las configuraciones espaciales y temporales ayudan a que el escritor se salve de la duda.

Como expliqué anteriormente, la autobiografía está formada de fragmentos seleccionados de la memoria o, como en el caso de mi obra, la autobiografía ficticia, se forma de los fragmentos que como escritora decidí plasmar y a los cuales impulsé con un poco de ficción, sólo para conectar y recrear con más verosimilitud el relato.

El trabajo del escritor —no sólo en el género autobiográfico— es el de convencer al lector de la realidad que se le está contando. En una autobiografía, el lector sabe que se enfrenta a una obra en donde el escritor dice que contará la verdad de su vida y cualquier anomalía pondría en duda toda la obra, y en el caso de usar la ficción para conectar situaciones o para hacerlas más reales y verosímiles debe saber camuflar lo inventado, para que el lector obra no pueda diferenciar entre una y otra.

Desde mi punto de vista la reconstrucción de una vida ajena (como la de Carmen, mi abuela) tiene un reto particular, ya que se trata constantemente con recuerdos, con fantasmas que regresan sólo para ser mencionados y otros que suplican ser citados aunque sea nimiamente. El escritor debe abrirle la puerta a algunos y despedir a otros, según el sentido que le dé a la historia que está contando. Por ejemplo, en mi obra, mencioné poco al padrastro de Carmen, lo hice para señalar que es él quien la separó de sus hermanos. Los fantasmas que regresaron a torturar a la protagonista fueron su tía y sus primas. Y así como seleccioné personajes también tuve que elegir anécdotas. Un fragmento que me costó trabajo fue la exploración de la intimidad sexual de Carmen, ya que entrar a ese ámbito, a

pesar de la transformación del personaje, yo sentía que ultrajarba secretos que no me pertenecían y que me eran inaccesibles. No obstante el personaje y yo logramos salir adelante haciendo un superficial abordaje de un acto sexual, pues lo más importante eran las emociones y consecuencias que traería para Carmen. En la vida real, mi abuela nunca habló de esto.

Entonces podemos decir que la autobiografía está formada en su mayoría de realidad y que utiliza la ficción en casos necesarios, como veremos adelante.

Ficción

Como he venido mencionando, las escrituras del yo, en este caso la autobiografía, utiliza a la ficción porque resulta útil para conectar un evento con otro, para darle mayor claridad al lector sobre el camino que debe ir recorriendo. En el caso de mi texto creativo, el recurso de la ficción fue ganando terreno, pues al contar una historia ajena, no se puede tener acceso a todos los rincones de la cabeza de la persona de quien se cuenta, y a veces en aquellos rincones se encuentran los eventos que se necesitan para unir unas escenas con otras. De haber elegido escribir sólo lo que mi abuela había contado, la obra podía presentar acontecimientos menores, con algunos hechos incomprensibles, por esta razón se convirtió en una autobiografía ficcional.

El escritor de la autobiografía, sea o no ficticia, va poniendo distancia con la historia, para entrar a los propios recuerdos o a los del personaje que ha creado. En la historia de *Esta soy yo* el personaje es quien explora los recuerdos no contados por mi abuela y los relata a su manera, al final se adueña de la novela, para que se escriba su historia aunque ella no ha vivido en la realidad. En este caso, yo, como creadora de *Carmen* escribí usando material proveniente de la realidad y el inventado acerca de la vida de mi abuela convirtiendo su vida en escritura y perpetuando su existencia.

En resumen, la ficción puede ser una herramienta útil para escribir historias propias, pero, quizá más, sobre las vidas ajenas. La ficción logra crear puentes entre recuerdos sin conexión entre sí.

Este recuerdo sí, este no

Como indiqué en el primer capítulo, las escrituras del yo son un compuesto de relatos en primera persona, ya sea una confesión o una carta, aunque cada una tiene diferentes propósitos. La autobiografía es uno de los géneros más completos, puede contar desde la niñez del personaje hasta llegar al presente de éste. Francisco Rodríguez nos dice en su texto que “la autobiografía corresponde a la reconstrucción de la vida [...] es la forma suprema y más instructiva en que se nos da la comprensión de la vida” (13). Durante la construcción del relato autobiográfico, el autor lee su existencia antes de escribirla y elige las imágenes para plasmar en su relato. En *Carmen*, la selección de eventos es parecida, ya que mi abuela eligió lo que me contaría, pero tampoco recordaba todos los sucesos de su vida: “el sujeto [...] se construye como mejor se recuerda” (15), por esto mi trabajo creativo dio lugar a un nuevo personaje, uno que surgió de algunos vacíos, u olvidos de mi abuela, Miraux escribe: “El olvido es lo que impide contar la historia de una vida, pero se trata de un olvido fecundo, porque selecciona lo esencial y borra lo episódico” (Miraux 70).

El autobiógrafo, o escritor de alguno de sus subgéneros, busca dar una imagen específica de lo que fue su vida, o del personaje, quizás exponer qué lo hizo ser la persona que es, o qué lo llevó a convertirse en escritor, o por qué decidió tener una familia, algún hecho de su vida detona el que valga la pena ser contada, “la imagen que quiere dar de lo que él era en tal o cual etapa”(23). Yo inicié mi novela como un cuento, específicamente de la niñez de mi abuela, cuando andaba en los pueblos en los que su madre dio clases y las

lugareñas la invitaban a desayunar con tortillas hechas a mano y queso fresco. Después sentí que algunos acontecimientos —que quedaron fuera de ese primer relato— debían ser incluidos, quería hacer inmortal a mi abuela, que su vida no pasara inadvertida y así su historia se fue convirtiendo en novela y las características de la autobiografía ficticia me ayudaron ya que:

[...] el autobiógrafo trata los recuerdos como instantes que se pueden superponer, entrecruzarse, desplazarse; momentos sobre momentos, acciones sobre acciones, los dispersos acontecimientos reales son reducidos a lo esencial, los fenómenos diseminados a la singularidad de un fragmento de escritura (72).

La autobiografía parece lejana a la ficción, pero tiene la libertad de acomodar los recuerdos a su gusto, aunque no es un género que evite su relación con lo imaginario, ya que es una autocreación, porque escribirse a sí mismo es crearse, o escribir la novela de la abuela es también crearle una historia a la familia, posibles datos de sus orígenes, “para Rousseau, la cuestión de la veracidad queda evacuada: es reemplazada por la de la sinceridad y coloca al escritor frente a sí mismo, frente a la verdad escritural” (57).

El escritor cuestiona a la realidad de su contexto y se debate a sí mismo, en mi caso me toca cuestionar al personaje y el personaje, después de ser interrogado, me cuestiona. Le construí una infancia a esta nueva Carmen, le enseñé a caminar y a correr, le cuestioné su boda y ella, el personaje, me cuestionó acerca de las calles que recorría, le pregunté sobre sus hijos y ella quiso saber sobre su madre. Yo elaboré una serie de preguntas para entrevistar a mi abuela e iniciar la primera etapa de mi proyecto, esta novela se fue haciendo sobre interrogaciones, algunas fueron respondidas por mi abuela, otras, por Carmen y otras más quedaron sin respuesta. Esta novela fue un diálogo entre tres.

En conclusión, una obra autobiográfica se construye de la selección de los recuerdos

que el escritor elige y va conectando y acomodando para explicar su obra “lo novelesco es la confianza, que ningún testimonio puede apoyar, que no se demuestra y que [...] otorga realidad a las acciones” (Echavarría 16). En las escrituras del ‘yo’ funciona de la misma manera, es sólo el autor quien conoce la veracidad de su escritura, pero su selección debe permanecer dentro del mismo contexto y sentido en el que inició su relato.

Memoria restaurada

El escritor encuentra en la literatura un refugio, su ser llega a estar completo al escribir; en cada creación encuentra la reconstrucción de su existencia. Es un dios en el mundo que ha creado. Sin embargo, su reconstrucción “creadora” es más puntual en una autobiografía, pues en ésta él se transfigura oficialmente en el personaje principal, “un yo que ha vivido elabora un segundo Yo, creado en la experiencia de la escritura” (Rodríguez 10) ¿Y esto cómo puede relacionarse con mi novela? Yo, escritora, elaboro un personaje a partir de una persona de la realidad extratextual, tomo sus vivencias, las reacomodo y le doy una voz a ese personaje para que encuentre su identidad a través de la experiencia de Carmen Estrada, el personaje real. De esta forma coincide en la estructura e intención de la autobiografía convencional, “este género no proporciona conocimientos sobre un sujeto que cuenta su vida, sino que se distingue por su estructura peculiar en que dos sujetos se reflejan mutuamente y se constituyen a través de esa reflexión” (10). Las vivencias de Carmen se van reestructurando según el ritmo del personaje de ficción, es éste quien va reconstruyendo los recuerdos para que la novela no se detenga por la realidad, al contrario, la realidad debe impulsar a que la ficción salga a flote, aquí podemos citar a Jean Starobinski tal como lo hace Miraux en su texto, “Toda autobiografía—aunque se limite a una pura narración—es una autointerpretación” (Miraux, 39), aunque dicha

autointerpretación sea ficcional.

Como he mencionado antes, mi texto creativo se formó de las narraciones de mi abuela y se complementó con lo que mis tías me contaron. Recuerdo a mi abuela respondiendo algunas preguntas; su relato fue fluido cuando me habló de su madre y de sus andanzas en los pueblos, habló con alegría y describió olores y sabores, mientras su relato avanzaba le costó más trabajo recordar algunas cosas, se detenía a pensar el orden en que habían sucedido los eventos, yo imagino que reconstruía en su memoria los acontecimientos, para tener claro cómo y porque habían pasado las cosas: “el autobiógrafo llega a la imperiosa necesidad de ‘poner orden en el todo’ ” (Miroux 37), puesto que a pesar de haber vivido aquellos eventos la memoria no guarda todos y cada uno de los actos de nuestra vida, ya que hay detalles de los que podemos prescindir, pero que cuando necesitamos citarlos nuestra memoria reconstruye los hechos.

La autobiografía es una delicada construcción de memorias, es “el precioso instrumento que emplea el escritor para trazar la línea de su vida” (65). En mi caso, yo utilicé la autobiografía ficcional para “detallar” la narración de *Carmen*, ya que el personaje real no me relató todo lo que necesitaba para estructurar y desarrollar la historia; por ejemplo, los sucesos en los cuales su personalidad se ponía en evidencia —y quizá de un modo vulnerable— eran en los que se detenía más, no sé si era porque no los recordaba a detalle o porque estaba seleccionando qué decirme y qué no, asimismo pudo hablarme de cómo se defendió de los golpes que mi abuelo intentó darle, pero no quiso contar cómo se enamoró, no me habló del día de su boda, no me dijo cómo se sintió al tener su primer hijo, fue ahí donde tuve que intervenir para cumplir con la reconstitución posible de memorias.

Francisco Rodríguez señala que el escritor crea un reemplazo “de aquel que en realidad vivió los hechos que se recuerdan” (15). Esta escritura crea un personaje para representar a una persona tomada de la realidad, crea la opción de trascender una historia que no estaba destinada a ser contada, “la narración le da sentido al acontecimiento, el cual, en el momento de su aparición, posiblemente tenía muchos, o quizá ninguno” (15). De modo que el personaje autobiográfico se va ordenando a través del relato, enumera los acontecimientos, los lugares, las personas, los olores, los sabores, se sumerge en la historia más profunda pues explora recuerdos, vuelve a vivirlos. Ejemplo de esto es una novela que cita Salvador Echavarría, *Obermande ÉtiennePivert* de Senancour, Echavarría nos dice que este autor recupera sus vivencias a partir de pequeños detalles, “esas experiencias que se pierden generalmente en el olvido a pesar de que suelen ser [...] las más intensas” (100). En la autobiografía ficcional el autor y personaje crean una estructura nueva sobre una vida. En el fragmento de novela que presento, personaje y escritora crean nuevas anécdotas a partir de una existencia verdadera y así la recomponen para prestarle a Carmen, personaje ficcional, una nueva vida, utilizando las letras porque “el vehículo empleado por el literato son las palabras” (Wellek 106), para crear mundos.

[...] la poética se pone al servicio de la autobiografía porque la poética es el instrumento de la expresión lírica del yo, lo que convoca la presencia de los minutos transcurridos, los actos olvidados, y permite elucidar un recorrido volviendo a trazarlo [...] el breve momento esencial que programó su personalidad y puso en juego su porvenir (Miroux 33).

Párrafos atrás dije que el escritor hace uso de su creatividad en cuanto a la recomposición de su vida, pues es la oportunidad de corregir los errores cometidos a lo largo de ella, quizás no de cambiar las circunstancias, pero reconocer, en los

acontecimientos, las acciones que hubiera querido modificar, “el procedimiento hermenéutico de la crítica nunca debe olvidar que interroga a una recomposición de la existencia” (42) “y no una existencia” (Serra 189). En mi caso, sería una recomposición de una existencia ajena a la mía, más bien de una persona cercana a mí, una reestructuración que el personaje exigía para poder crear la novela, la autobiografía ficticia, en donde “La verdad no es negada, pero poco a poco lo imaginario comienza a transformar, incluso a destruir, su ajuste con lo real” (Miraux 71). La autobiografía común y la ficticia deben ganar la confianza del lector contándole la verdad del personaje, que muchas veces se compone de invención para llenar los huecos del olvido y esta inventiva permite al escritor “[...] una visión diferente de un mismo hecho, teniendo en lo sucesivo la facultad de transformar los episodios de su vida a partir de su propia subjetividad” (71). En el caso de mi obra creativa, la historia que se va transformando es la de mi abuela, pues ella al relatarme sus vivencias no recordaba todos los sucesos o detalles que podían unir las historias, relató su selección de recuerdos. Carmen, el personaje ficticio retoma la personalidad distante de mi abuela, pero muestra entre líneas la calidez.

En resumen, se puede decir que toda estructura del Yo es la reestructuración del personaje, o de los eventos, para una mejor comprensión de la época o el personaje, según sea el caso. “No existe relato de vida sin la sorda dictadura de una escritura [...] cuyos más hermosos momentos son, en suma, los que proporcionan una sensación de plenitud, porque el yo al fin se vuelve comprensible en esa fijeza que se ha producido” (38).

Los vestigios que deja la vida

El escritor autobiográfico recoge los rastros de su vida, para hacer una obra con ellos, reconstruye sus recuerdos para plasmarlos en la escritura y revive su yo pasado para

reconocerse y ser reconocido por otros en su presente. Así, como dice Welleck, “a veces los escritores documentan su propio caso, convirtiendo sus dolencias en material temático” (98), en la obra de *Carmen* los vestigios de la escritora no son contados, sino los recuerdos de su personaje los que forman la obra. Mi abuela disfruta de contar su vida, de cómo consiguió formar una familia y como mantuvo a sus hijos con la ayuda mínima de su marido. Aquí me parece importante citar a Miraux, ya que afirma que “El escritor busca tal acontecimiento traumático de la temprana infancia que podría explicar al hombre en el que se ha convertido, al igual que muchos también pueden buscar el lugar de la felicidad perdida; su búsqueda escritural es entonces la de la nostalgia” (43).

En el caso de mi novela yo confirmo que esa fue mi búsqueda, más que de los hechos traumáticos, busqué la nostalgia del relato, sentir entre los dedos el inicio de mi familia, así mismo el testimonio de mi abuela se comportó de esa manera, porque ella seleccionó dichos eventos para ser contados; sin embargo, sus relatos, son formados sólo por rastros, o como dice Gusdorf:

La autobiografía no consiste en una simple recuperación del pasado tal como fue, pues la evocación del pasado sólo permite la evocación de un mundo ido para siempre. La recapitulación de lo vivido pretende valer por lo vivido en sí, y, sin embargo, no revela más que una figura imaginada, lejana ya y sin duda incompleta, desnaturalizada además por el hecho de que el hombre que recuerda su pasado hace tiempo que ha dejado de ser el que era en ese pasado (Gusdorf 9).

En esta novela podemos notar la transformación del personaje, desde que era una niña que vivía con su madre descubriendo paisajes y colores, pasando por la muerte de su madre y el maltrato de su tía, estos hechos la convierten en una mujer fría y desconfiada. Carmen, adulta, pierde su inocencia cuando empieza a buscar sobrevivir y al mismo tiempo

ser reconocida como una persona. Sin embargo, la persona real, mi abuela, disfruta contar sobre su infancia a pesar de ya no ser esa persona, pues como dice Miraux “Esta recomposición superficial permite la búsqueda ininterrumpida del yo oculto, sumergido por las oleadas del tiempo y el olvido” (81). Y quizás mi abuela y el personaje que la representa, encuentran en los relatos de su infancia la calidez que han perdido a lo largo de su vida.

Durante la realización de esta autobiografía ficcional se fueron seleccionando los fragmentos que serían contados sin modificaciones y los que debían ser intervenidos, desde el testimonio oral hasta la transcripción, para darle una estructura más literaria y firme. Y así, *Carmen* se fue convirtiendo en lo que Miraux citaría como el “Texto que prefiere designar la importancia de tal o cual hecho, punto centelleante en torno al cual gravitan los elementos fundamentales de toda una vida” (73). Dicho acontecimiento que guía el camino del personaje, es la muerte de su madre y la separación de sus hermanos, pues a partir de ahí Carmen busca tener una nueva familia. En cada ocasión que parece tenerla se ve truncada por algún acontecimiento, ya sean los malos tratos de su tía o la partida de la señora Emilia, a quien Carmen había visualizado como una segunda madre. Así, hasta el final del fragmento, donde parece que su familia se romperá después del engaño de Rafael, pero que al contrario, su familia se afianza más, Carmen descubre que en sus hijos tiene lo que tuvo con su madre y sus hermanos.

La historia aquí contada se basa en la vida de mi abuela, como ya lo he mencionado, contiene historia familiar y al entrevistarla o al escucharla cada día descubrí cosas que no sabía de mi abuela y entendí detalles de su personalidad, aquí retomo las palabras de Miraux: “encuentra en ti las huellas de tu pasado que te han hecho lo que eres” (36). En este caso encontré las huellas en mi abuela y en el personaje que se fue creando en

el proceso de la escritura. La escritura contiene, vestigios de nosotros como escritores y como lectores.

La vida es sólo imaginación

La construcción de una obra autobiográfica es el resultado de querer satisfacer ese lado del 'yo' que busca ser contado, que grita desde el interior para ser expuesto. Francisco Rodríguez nos dice al respecto que: "En el origen del género se encierra un principio del placer narcisista: 'se contempla en su ser y le place ser contemplado, se constituye en testigo de sí mismo; y toma a los demás como testigos de lo que su presencia tiene de irremplazable' " (14). En mi caso, para la construcción de esta obra, escuché las anécdotas de mi abuela sentada frente a ella, observándola con cierta atención y curiosidad, imaginando los paisajes y las situaciones. Una voz, en el fondo de mi cabeza me instaba a escribir acerca de ellas; otra voz repetía lo contado en forma de cuento o poesía. A veces me convencí de que era mi propia abuela quien me contaba las cosas para ser escritas, porque hubo anécdotas que me contó más de una vez, y en cada ocasión descubría algo nuevo. Pero he de confesar que en realidad fue la voz de mi madre la que me convenció de plasmar esta historia.

Esta soy yo ha sido para mí todo un reto porque quise complacer las peticiones de mi mamá acerca de escribir sobre la vida de mi abuela y, al mismo tiempo, deseaba capturar la esencia de la oralidad de mi abuela, su personalidad y el origen de mi familia. Sin embargo, esta construcción no pudo ser fiel a todos los relatos de Carmen, la persona real, ni es un testimonio de cómo se originó la familia que ahora conozco; fui creando conforme la escritura me iba exigiendo para llenar los vacíos que en ocasiones me encontraba, Miraux dice:

Si la finalidad profunda del autobiógrafo es la de “decirse”, de encontrar el punto central a partir del cual su existencia pudo establecerse [...] una cierta verdad sobre sí mismo, entonces la escritura autobiográfica es, otra vez, paradójica [...]. Resulta muy difícil, [...] puesto que el objeto es siempre aproximativo, contradictorio, ondulante y diverso (74).

A la autobiografía se le exige plasmar la realidad, lo más fiel posible, pero en ocasiones la cabeza confunde recuerdos, con sueños o con reconstrucciones que nos hemos formado en la imaginación. En ocasiones al contar anécdotas se reemplazan palabras porque se olvidan las frases que fueron realmente utilizadas, también se resumen eventos y se acortan detalles y se desarrollan otros, “la escritura se convierte en lo que trabaja y transforma la realidad, [...] el escritor modela su propia vida, su nueva vida, su vida escritural” (72). Mi obra fue transformando a una persona real para representarla en la escritura, conservé nombres y anécdotas, pero también agregué personajes que, en el origen, no existían y describí paisajes que yo no vi, pero que me describieron. Me sentí autorizada a imaginar una vida ajena como si me perteneciera, no por haberla vivido, sino por escribirla y fabularla. Salvador Echavarría nos dice respecto a esto que es así la función del novelista, encuentra las palabras para lo inexpresado, para describir y transmitir los sentimientos que no suelen tener voz propia.

Carmen dejó de ser mi abuela, y en ocasiones se transformaba en mí o yo en ella, tomó un lápiz para escribir su vida y yo sólo la contemplé, así me veía, sólo observando lo que ella iba construyendo. En ocasiones peleé por mi autoría, pero era cuando la novela se estancaba, no logré separarme completamente de mi abuela, cambié de narrador, de estructura y hasta de historia. Esta obra me dio una visión distinta de mi familia y también de la literatura, por lo cual pude notar las capacidades que como escritora tengo. La

imaginación es un mar inmenso que va a la par con la vida real, incluso puede rebasarla, “la escritura es, [...] lo que permite aclarar el camino recorrido; es el instrumento de puesta al día, suscita y favorece la elucidación, pues tras la misma persona se ocultan múltiples personalidades, ininterrumpidas estratificaciones del ser y de lo existente” (34).

La veracidad en una autobiografía es una parte esencial, pues es lo que la caracteriza y le da valor como escritura del Yo, retomando algunas palabras de Miraux, podríamos decir que la escritura autobiográfica transmuta la verdad en obra literaria. Y para esto Miraux se apoya en una cita de Maurice Blanchot la cual nos dice: “El primer rasgo de semejante experiencia consiste en que la mayor preocupación de la verdad la obliga a ampliar mucho más la parte de lo imaginario [...]” (81). La realidad deja vacíos en la memoria y estos deben ser llenados para agilidad del relato, esto no sólo se crea con descripciones y anécdotas ficticias, sino también con personajes, para lo cual Francisco Rodríguez dice:

Georges Gusdorf, por su parte, analiza la autobiografía como la construcción de un sujeto ficticio por parte del autor. Lo que se escribe es lo que se quiere representar de un pasado desde el presente de la escritura. [...] la elaboración de un yo por la memoria autobiográfica (22).

La representación del pasado es una reconstrucción de eventos y pensamientos, o como dice Miraux, “una idea justa de lo que desea haber sido, no de lo que en verdad fue” (81). La reestructuración del Yo, dice Gusdorf, es un desfile del individuo. El yo se presenta con sus mejores vivencias, las más felices y también las más tristes, las que él cree que constituyen su personalidad, “¿acaso el ordenamiento escritural no nos proporciona más que un simple simulacro de retrato, tan sólo una identidad de reemplazo?” (37). La autobiografía, real o ficticia, nos presenta sólo lo que el autor decide que será escrito.

No debemos sentirnos agredidos al permitir que el autor reemplace información en algunas anécdotas de la autobiografía, pues incluso en la vida diaria suele hacerse al reconstruir sucesos pasados: cambiar el color de la ropa que traíamos puesta, las palabras utilizadas, transformamos los gestos y los detalles, según el punto de vista de quien lo cuenta porque “incluso cuando existe íntima relación entre la obra de arte y la vida del autor, nunca debe interpretarse en el sentido de que la obra de arte sea simple copia de la vida” (Wellek 94).

Se puede decir que la autobiografía es el acto de imaginar una vida, de reconstruir eventos, personas y sentimientos, es “la navegación de una mirada propia y ajena por los pliegues y fisuras del auto-relato” (Scalano 696). Aunque este auto-relato puede ser de un personaje ficticio, quizás basado en la vida de una persona real.

El relato se va formando de recuerdos seleccionados previamente. El escritor crea un personaje que irá llevando la obra. En el caso de una autobiografía real, dicho personaje será el escritor-narrador-protagonista y en el caso de una autobiografía ficticia, que en este caso oscila entre autobiografía ficticia y novela autobiográfica, el personaje no tendrá la misma identidad del escritor, sólo es narrador-protagonista. La inventiva del escritor llena los vacíos del olvido para que el relato siga fluyendo.

Conclusión

Para finalizar puedo decir que el origen de las escrituras del Yo se da a partir de que el ser humano empieza a reconocer su individualidad y siente la necesidad de recapitular y contar su vida. La literatura intimista se expresa de manera variada, según el contexto que la origine, como pueden ser los relatos de viaje, por ejemplo, los viajes de Marco Polo en su libro *El millón*. Estas escrituras pueden apoyarse de la ficción para poder conectar los acontecimientos que relatan.

La autobiografía forma parte de estos géneros narrativos y, dentro de ella se encuentran la autobiografía ficticia, la autoficción y la novela autobiográfica. La primera es el relato de un personaje creado por el autor al cual le crea y cuenta su historia, la autoficción es una narración en la que el autor presta su nombre, pero lo que se cuenta no es la vida del escritor, es una invención, la oportunidad de ser otra persona con el mismo nombre y, por último, la novela autobiográfica, la cual relata la vida de un personaje ficticio, pero al cual el autor suele prestar algunas vivencias, sin convertirse esto en un retrato del escritor. Mi obra se inserta en la autobiografía ficticia, por tratarse de un personaje creado por mí, aunque basado en la vida de mi abuela.

Gracias a la investigación de estos géneros, prestando especial atención a la autobiografía, noté que el escritor no puede escapar de la tentación de prestar sus pedazos para formar su obra.

Referencias bibliográficas

- ALBERCA, Manuel.*El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007. Impreso.
- AMELANG, James S.*El vuelo de Icaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid: Siglo veintiuno, 2003. Impreso.
- AUSTER, Paul.*Diario de invierno*, México: Booket, 2014. Impreso.
- BAJTIN, Mijail.*Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI, 2012. Impreso.
- BORKOSKY, María Mercedes.*Los escritos del yo en las literaturas francesas e hispánicas*, 2011. PDF.
- CORTÉS, Hernán. Cartas de relación, pág. 2. 2014. PDF.
- DARRIEUSSECQ, Marie. “La autoficción, un género poco serio” en *La autoficción: reflexiones teóricas*, Ana Casas (comp.), Madrid: Arco/Libros, 2012. Impreso.
- DE LACLOS, Chodelos.*Las relaciones peligrosas*, Buenos Aires: Malinca Pocket, 1963. Impreso
- DE QUINCEY, Thomas.*Confesiones de un comedor de opio inglés*, México: Taurus, 2014. Impreso.
- DORRIT COHN, “Vidas históricas versus vidas ficcionales”, 2011. PDF.
- ECHAVARRÍA, Salvador.*La novela como exploración de la conciencia*, México: FCE, 1998. Impreso.
- FLAUBERT, Gustave y George Sand.*Correspondencia*, Barcelona: Marbot Ediciones, 2010. Impreso.
- GUSDORF, Georges. “Condiciones y límites de la autobiografía” en *Suplemento Anthropos*, N° 29. 1991. PDF.
- KAFKA, Franz *Carta al padre*, México: Premiá, 1980. Impreso.

LEJEUNE, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros textos*, Barcelona: Megazul-Endymion, 1994. PDF.

MAY, Georges. *La autobiografía*, México: FCE, 1982. Impreso.

MIRAUX, Jean-Philippe. *La autobiografía. Las escrituras del yo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2005. Impreso.

RODRÍGUEZ, Francisco. “El género autobiográfico y la construcción del sujeto referencial”, *Filología y Lingüística XXVI* (2): 9-24, 2000. PDF.

ROUSSEAU, Jean Jacques. *Las confesiones*, México: Cumbre, 1982. Impreso.

SERRA, María Verónica. “Escrituras del yo”, *Hologramática literaria* - Facultad de Ciencias Sociales – UNLZ, 2 (2006). PDF.

SCALANO, Laura. “El sujeto autobiográfico y su diáspora: protocolos de lectura”, Universidad Nacional de Mar de la Plata, 2011. PDF.

VARGAS LLOSA, Mario. *La verdad de las mentiras*, Buenos Aires: Alfaguara, 2002. Impreso.

WELLEK, René, Austin Warren. *Teoría literaria*, Barcelona: Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 2002. Impreso.

YOURCENAR, Marguerite. *Memorias de Adriano*, México: Hermes, 1993. Impreso.

ZWEIG, Stefan. *Viaje a Rusia*, Madrid: Sequitur, 2014. Impreso.

Agradecimiento especial a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México por el apoyo otorgado para la impresión y empastado de este trabajo recepcional.